

S
O
B
R
DEPORTE



S
O
B
R
DEPORTE
JOSÉ MARTÍ

Selección y presentación
José Antonio Bedia



La Habana, 2013

Edición / *Ela López Ugarte*
Diseño y composición / *Nuria Pérez Mezerenes*
Corrección / *Regina Arango Echevarría*

Primera edición: Centro de Estudios Martianos, 1991

© José Antonio Bedia

© Sobre la presente edición:

Centro de Estudios Martianos, 2013

ISBN 978-959-271-184-6

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Calzada no. 807, esquina a 4

El Vedado, CP 10400

La Habana

Tel./fax: (537) 8333721

E-mail: cem@josemarti.co.cu

editorial@josemarti.co.cu

web site: www.josemarti.cu

PRESENTACIÓN

Universalmente conocida es la obra de un cubano nacido en el siglo XIX que por la trascendencia de sus palabras-actos mantiene presencia actual: José Martí (1853-1895). Apóstol de la independencia en la mayor de las Antillas, es reconocido por una innovadora poesía, su quehacer político y un periodismo comprometido. Ningún tema le es ajeno, copiosamente acreditados son sus textos sobre independencia, libertad, integración y latinoamericanismo. Sin embargo, no tienen la misma suerte sus crónicas sobre deportes publicadas entre los años 1876 y 1893, las cuales le avalan como uno de los precursores cronistas deportivos contemporáneos. En los albores del siglo XXI, cuando muchos deseamos un deporte diferente, sus textos son otra vez referentes obligados a la hora de formularnos una pregunta: ¿cuáles son los auténticos valores del deporte que perseguimos?

Respondiendo esa interrogante debemos señalar que el deporte debe constituir un derecho de los niños, jóvenes y adultos del mundo; que su práctica debe contener una ética humanista la cual le permita ser parte activa y positiva de nuestras vidas y de un bienestar que nos habilite para cumplir las metas que nos tracemos. Debemos favorecer un deporte que posibilite compartir ilusiones y esfuerzos. Encaminados a ese fin, Martí cobra renovada vigencia, él se proyectó en favor de un deporte dirigido al bien social. Para alcanzar estos objetivos se torna imprescindible contar con ciertas normas. Al menos en el mundo amateur, en la actualidad ellas son elaboradas y rígidas por los organismos deportivos competentes. Pero en el último cuarto del siglo XIX había que gestarlas para guiar debidamente los entrenamientos y la competición. Se tenía que encaminar el centro principal de la práctica deportiva; sobre el particular se proyectó el más universal de los cubanos.

Las primeras olimpiadas del mundo moderno ocurren un año después de la caída en combate del Apóstol. Aquel logro de la actividad del músculo estuvo precedido de un rescate de la práctica deportiva. No obstante, si convenimos en que los principales beneficios del deporte son los valores éticos que en su práctica subyacen, no debemos olvidar que en aquel entonces muchas veces se apostó por los resultados y la clasificación, obviando los valores éticos que la práctica encierra. Aquel XIX finisecular era un tiempo convulso, las potencias del orbe reajustaban sus fronteras, Latinoamérica cohesionaba su identidad en los proyectos gestores de sus estados nacionales, mientras Cuba y Puerto Rico bregaban por su independencia. Martí entonces reconocía: “En estos tiempos de ansiedad del espíritu, urge fortalecer el cuerpo que ha de mantenerlo”.¹

El cubano se encontraba exiliado en Nueva York cuando publica el mayor número de artículos dedicados a los deportes. No era aquella urbe la plaza en que la actividad inicialmente divulgada por las competencias intercolegiales exhibía sus fines altruistas, defensores del juego leal y caballeresco, el fair play. La práctica se fue ensombreciendo, el prócer avista como se ha enquistado el profesionalismo en los deportes por un afán de lucro desmedido. La metalización a paso tremendo va trasformando la actividad. Buen ejemplo de ello expone el boxeo, otrora encaminado a la defensa personal. El llamado “noble arte de los puños”, comenzó a degenerar y para el año 1886 la crítica deportiva lo calificaba como “espectáculo bárbaro y brutal”.

¹ José Martí: “El gimnasio en la casa”, en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 8, p. 389. En lo sucesivo, OC. (N. de la E.)

Recordemos que entonces no se limitaba el tiempo del combate, se combatía a puño desnudo y no existía ninguna protección para los atletas.

John L. Sullivan fue el último campeón de aquellos tiempos del puño desnudo y también el primero con guantes, en 1889. De él Martí escribe: "Sullivan, rey de los puñetazos, que ya tiene cinco años de vida de triunfo, adorado y mimado por su fuerza. De un golpe abate a un hombre: de dos lo mata".² Si bien es cierto que el lenguaje que acompaña la actividad deportiva a menudo incita el "enfrentamiento entre personas" y en no escasas ocasiones utiliza una terminología propia del lenguaje belicista-militar, también el deporte defiende una filosofía educativa, lejana a cualquier espíritu conflictivo. Por ella apuesta el cubano. Su aspiración máxima debe ser la unidad y concordia entre los hombres; aunque la competición deportiva incite al enfrentamiento, este debe auspiciarse bajo el más cuidadoso decoro, el llamado fair play.

Con el deporte contemporáneo aparece su crónica. Si bien esta voz tiene su origen histórico-literario en los relatos de hechos combativos narrados por sus protagonistas o testigos en la época de la Grecia antigua y dada esta etimología debe contemplar un léxico beligerante, también es la crónica deportiva el seguimiento de un enfrentamiento, una competición, un equipo, o un deportista. Este tipo de relato evidencia su nacimiento en el siglo XIX y deja entrever a un José Martí entre los precursores de tal forma escritural. Precisemos que la temática relativa a los deportes es introducida en los diarios cuando sus propietarios se percatan del interés en sus lectores por la actividad. Solo, de la primera mitad del siglo XIX, conocemos de la publicación en Londres del Sportman, denominado más tarde Sporting Life, primigenio diario sobre ejercicios. La culta Francia tiene que esperar a 1892 para publicar su, Le Veló, mientras España no exhibe nada igual hasta 1906 cuando aparece El Mundo Deportivo.

Martí se inserta entre aquellos precursores cronistas. No conocemos si sus artículos, por aquellos años reproducidos en una veintena de periódicos, aparecieron en los suplementos deportivos especializados. Sin embargo, sus criterios se esparcieron de norte a sur en nuestro continente. Aunque el cubano no es un experto en la temática, recordemos que los primeros informadores de temas deportivos en los periódicos no fueron periodistas profesionales de la actividad, sino escritores que se acercaron a un fenómeno incipiente, y que desde sus respectivas ópticas vertían sus criterios sobre la práctica. Si bien

² JM: *Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e "Índice de cartas" por Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 44. En lo sucesivo, OCN.Y.(N. de la E.)

en el siglo XIX la crónica deportiva, generalmente, formaba parte de los sueltos incluidos en los ecos de sociedad y su contenido se limitaba a reseñar el campo, el árbitro, las alineaciones y autores de los goles en el caso del fútbol, el cubano no se limita.

Luchador incansable por la redención humana, concibe, en la actividad que despierta, un campo fértil para la grandeza del género, no para su humillación. Con tales argumentos por convicción, critica las actividades deportivas deshumanizadas. Reprueba los certámenes de caminadores, que sobrepasaban el límite lógico de una competición, expresa: “Caminan de día, caminan de noche, caminan sin tregua. [...] lo hacen, porque se ha prometido que aquel de los caminadores que haya andado más espacio al cabo de ciento cuarenta y dos horas, ganará tantos millares de pesos cuanto sean los que se han presentado a tornear”.³ Señala que los caminadores, ensimismados en su enconada batalla sin reposo: “no mostraban en su rostro la expresión del espíritu”. Por la pobreza moral de aquella actividad, la considera: “ejercicios odiosos que en nada aumentan la utilidad y ciencia del hombre”.

Para comprender el inhumano espectáculo debemos recordar que consistía en andar seiscientas millas en seis días. Encaminados a esa meta, los competidores caminaban durante horas consecutivas sin descanso y pocos llegaban al fin de la contienda. No podía tal vileza ser aceptada por un hombre conocedor de los anales deportivos como lazo de amistad y afán de progreso. Dolorido escribe: “no es esta porfía de andadores como aquel animoso estadio griego, donde a ligero paso, y dando alegres voces justaban en las fiestas por ganar una rama de laurel los bellos jóvenes de Delfos; sino fatigosa contienda de avarientos”.⁴ Señalaba, sin embargo, cómo la cruel función proporcionaba jugosas ganancias: “La empresa que tomó a cargo manejar este espectáculo, dio cuenta de haber recogido \$45 674”.⁵

Los textos de Martí sobre deportes, y esto es un sello general en las crónicas de dicha actividad durante el siglo XIX, le permiten cierta libertad a la hora de escribir acerca de los eventos. No le precisaban ceñirse de manera estricta a la actividad deportiva, sino que podía exponer sus valoraciones. Esa es la razón por la cual, cuando se refiere a la preparación física, señala: “Se necesita asegurar a los órganos del cuerpo [...] un sistema muscular bien desenvuelto”.⁶ Hombre culto, seguía el antiqüísimo proverbio del latino

³ JM: “Carta de Nueva York. Los bárbaros caminadores”, OC, t. 9, pp. 265-266.

⁴ JM: “Cartas de Martí. Contienda de caminadores”, OC, t. 10, p. 49.

⁵ JM: “Sección constante”, OC, t. 23, p. 271.

⁶ JM: “El gimnasio en casa”, OC, t. 8, p. 389.

Juvenal: “Mente sana en cuerpo sano”, criterio que la historia se ha encargado de tasar. Todo hombre debe mostrar orgullo de sí, trazarse finalidades cada vez más altas que le permitan valorar su progreso. Por ello defiende la esgrima, la gimnasia, las regatas; entiende que la práctica de esos deportes permite ir superando las metas humanas.

Su ética se evidencia en todos sus textos sobre deportes; cuando reseña las regatas a vela, comenta: “¡Allá va sobre el mar, la vela inflada! [...] Los nobles rivales van parejos: poco casco en el agua, al aire mucha vela: andan de prisa y bien”.⁷ El defensor de la dignidad plena del hombre, “al aire mucha vela”, irradia su pensamiento; tiene conciencia de los benéficos del deporte que permite al hombre superarse a sí mismo y lograr: “Un cuerpo vigoroso [que] es como un depósito de fuerzas, en que renueva su energía la mente exhausta”. Pero más allá comprende y divulga lo que la actividad significa en la formación de un hombre que goce dignidad plena, y ese era su empeño: la libertad. Recordemos que este cronista es el líder de la campaña independentista cubana; por ello la perspectiva redentora, identitaria y liberadora se encuentra a flor de piel en sus escritos.

El honor patrio que reclama fue capaz de apreciarlo con anterioridad a las justas olímpicas contemporáneas, así señala: “La regata ha dado esto bueno de sí, como da siempre algo bueno aunque parezca puerilidad al que ahonda poco, todo acto o suceso que concentra la idea de la patria [...] Las regatas, como tantas otras cosas, no son de valer por lo que son en sí, sino por lo que simbolizan”.⁸ Su elegancia periodística no menoscaba la tarea ideológica. Se conoce la existencia de una serie de escritos de aquella época, en que el deporte, de forma incipiente, comienza a contribuir en la formación de la identidad. Esta se generaba a partir de los proyectos esbozados por los estados nacionales en América Latina, pero Cuba era colonia. En la Isla, de acuerdo el exilio revolucionario, diversos patriotas iban buscando el camino hacia la independencia.

Los cubanos entonces comienzan a identificarse con el béisbol, a tomar distancia de las corridas de toros, pues ellas representaban el estatus colonial. Han comenzado a gestar un sello de identidad, Martí, en Nueva York, no percibe este fenómeno. Si bien al escribir sobre deportes se permite exponer juicios patrios, la actividad para él siempre representa la modernidad asociada a valores de mejor salud, medio para adaptarse al dinamismo de la vida industrial, símbolo de festejo social y aspecto educativo. Sin dudas, el poder del deporte ha gestado identidad; en el siglo XX aparece el llamado

⁷ JM: “Placeres y problemas de septiembre”, OC, t. 10, p. 296.

⁸ *Ibidem*, p. 298.

“patriotismo deportivo”, elemento originado a partir del deporte competitivo internacional que profundizó el proceso de identidad de las naciones. Pero este sentido de pertenencia se desarrolla a partir de eventos estructurados a lo largo del pasado siglo, de modo que lo que probablemente es en la actualidad uno de los más importantes factores de la identidad cultural de los pueblos, no existía en el XIX.

El concepto de identidad emerge a partir de la segunda mitad del siglo XX. Se expresa en las más diversas actividades entre las cuales la temática deportiva ocupa un lugar de significación. La identidad es un tema de pasión, enarbolado como arma frente a la penetración cultural. Sin embargo, en el último cuarto del siglo XIX no había surgido el concepto, de ahí que Martí no pueda emplearlo. En su defecto recalcó en nuestra autoctonía. La obra de la libertad cubana necesitaba un significante integrador, delineado dejó el Apóstol que nuestras singularidades se afirman en la solidaridad, pero que somos un conglomerado heterogéneo. Al no disociar la actividad del músculo de su modernidad y de un profundo sentido ético y patriótico, los postulados de Martí, identitarios, cobran renovada actualidad.

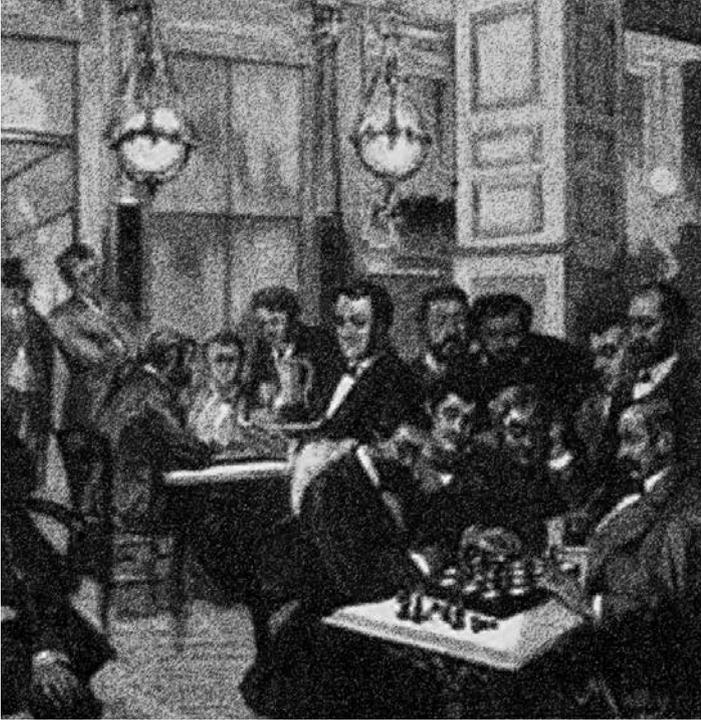
Sus criterios sobre deportes son tomados en cuenta porque esta actividad vinculada a preparar al ser humano para enfrentar lo adverso y ensalzar al género debe basarse en el fair play, que significa mucho más que respeto a las reglas: es un concepto de amistad, respeto y espíritu, un modo de pensar. En este sentido, su práctica concuerda con la prédica martiana encaminada a forjar hombres, que, por demás, son patriotas. El deporte, si se ejerce con ética, es un acto de lealtad que permite expresar, realizar y demostrar las capacidades propias. Hombres leales requiere el que pretende la independencia absoluta de Cuba. La actividad del músculo, fuente de disfrute, bienestar y salud, manifiesta los valores no solo individuales, sino de interacción social. “Estas consecuencias de la vida moderna hacen urgente ese esparcimiento de la fuerza, aglomerada en llama en el cerebro desde los primeros años de la vida, y la preparación oportuna y previa del edificio que ha de sustentar tal pesadumbre—del cuerpo que ha de ser teatro de tales batallas del espíritu”.⁹

La presente selección, aumentada y revisada, que tuvo su antecedente en Reflexiones sobre el deporte (1991), con motivo de la celebración en Cuba de los XI Juegos Panamericanos, posibilita adentrarnos en el mundo del deporte durante el último cuarto del siglo XIX. Por lo puntual, la temática podría ser tildada de estar pasada de moda. Sin embargo, estos textos nos acercan a aristas del deporte que persisten actualmente, en ocasiones lo de-

⁹ JM: “El gimnasio en casa”, OC, t. 8, p. 389.

gradan, pero también existe un perfil humano, que Martí recrea y que está validado en el olimpismo moderno. Sobre deporte, manifiesta la identidad de un latinoamericano que atisba con otredad las manifestaciones de cierta “espiritualidad”, que no se aviene con sus conceptos. El deporte que se busca en los textos del cubano es aquel que es fuente de hermandad, posibilidad de integración y lección perenne de la capacidad de superación inherente al género; he aquí la pertinencia de estos textos.

DISCIPLINA
DEPORTIVAS



A
J
E
D
R
E
Z

DE "LA ESTRATEGIA"

Están de enhorabuena los discípulos de La Bourdonnais y Staunton. Según sabemos, desde el próximo domingo comenzará a ver la luz pública en esta capital un periódico en folio mayor y a tres columnas que se ocupará únicamente de ajedrez y que saldrá del establecimiento tipográfico de San José de Gracia.

Dirigirá el periódico nuestro amigo el Sr. Lic. Andrés Clemente Vázquez, y colaborarán en él varios notables ajedrecistas extranjeros y los más distinguidos *amateurs* del Club de México. Cada domingo saldrá un número conteniendo juegos, problemas, noticias, etc., y será el resumen completo de lo más interesante que, acerca del universal entretenimiento de que se trata, ocurra, ya en nuestro país, ya en los Estados Unidos y en Europa.

Lo primero que tendrán los suscriptores de *La Estrategia*, será el match que acaban de jugar en Londres los dos principales campeones del mundo (Mr. Blackburne y Herr Steinitz); y la obra

Morphy's Games, escrita en inglés por Herr Löwenthal y vertida al castellano por el Sr. Vázquez y el ajedrecista tamaulipeco D. Antonio Fiol.

Nuestras más sinceras felicitaciones a los ajedrecistas de México, y que *La Estrategia* viva tanto y llegue a adquirir tanta celebridad como la que MM. Saint Armand y La Rivière han publicado y publican todavía en la capital de Francia.

El periódico saldrá los días 1, 7, 15 y 23 de cada mes, valiendo el ejemplar seis centavos.

Revista Universal, México, 1ro. de agosto de 1876.

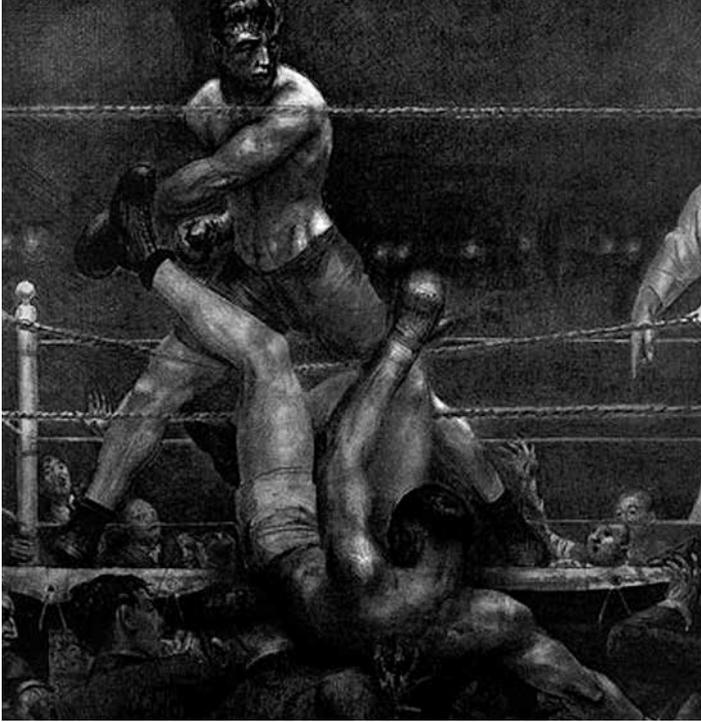
OC, t. 7, pp. 87-88.

DE "CARTAS DE MARTÍ"
MISCELÁNEA NOTICIOSA

Por los balcones abiertos invita otro pianista ruso, tocando melodías de Chaikovsky, a que suban los transeúntes al torneo de ajedrez, presidido por el retrato de Paul Morphy, donde el célebre Chigorin, maestro en el gambito de Evans, derrota con trabajo a McLeod, un muchacho de Quebec, que en un relámpago de genio inventa lo que años de talento no le pueden destruir.

La Nación, Buenos Aires, 30 de mayo de 1889.

OC, t. 12, p. 194.



B O X E O

DE “CARTA DE NUEVA YORK”

UNA PELEA DE PREMIO.—LOS HOMBRES PELEADORES.—EL MOZO DE BOSTON Y EL GIGANTE DE TROYA.— EXHIBICIÓN, PREPARACIÓN, PASEO TRIUNFAL, CONDICIONES DE LA PELEA DE LOS PUGILISTAS

Vuela la pluma, como ala, cuando ha de narrar cosas grandiosas; y va pesadamente, como ahora, cuando ha de dar cuenta de cosas brutales, vacías de hermosura y de nobleza. La pluma debiera ser inmaculada como las vírgenes. Se retuerce como esclava, se alza del papel como prófuga y desmaya en las manos que la sustentan, como si fuera culpa contar la culpa. Aquí los hombres se embisten como toros, apuestan a la fuerza de su testuz, se muerden y se desgarran en la pelea, y van cubiertos de sangre, despobladas las encías, magulladas las frentes, descarnados los nudos de las manos, bamboleando y cayendo, a recibir entre la turba que vocea y echa al aire los sombreros, y se abalanza a su torno, y les aclama, el saco de moneda que acaban de ganar en el combate. En tanto el competidor, rotas las vértebras, yace exánime en brazos de sus guardas, y

manos de mujer tejen ramos de flores que van a perfumar la alcoba concurrida de los ruines rufianes.

Y es fiesta nacional, y mueve a ferrocarriles y a telégrafos, y detiene durante horas los negocios, y saca en grupos a las plazas a trabajadores y a banqueros; y se cambian al choque de los vasos sendas sumas, y narran los periódicos, que en líneas breves condenan lo que cuentan en líneas copiosísimas, el ir, el venir, el hablar, el reposar, el ensayar, el querellar, el combatir, el caer de los seres rivales. Se cuentan, como las pulsaciones de un mártir, las pulsaciones de estos viles. Se describen sus formas. Se habla menudamente del blancor y lustre de su piel. Se miden sus músculos de golpear. Se cuentan sus hábitos, sus comidas, sus frases, su peso. Se pintan sus colores de batalla. Se dibujan sus zapatos de pelea.

Así es una pelea de premio. Así acaban de luchar el gigante de Troya y el mozo de Boston. Así ha rodado por tierra, ante dos mil espectadores, el gigante, inerte y ensangrentado.

Así ha estado de gorja Nueva Orleans, y suspensos los pueblos de la Unión, y conmovido visiblemente Boston, Nueva York y Filadelfia. Aún veo, prendidos como colmena alborotada a las ruedas y ventanas del carro donde les venden los periódicos, a esas criaturillas de ciudad, que son como frutas nuevas podridas en el árbol. Los compradores, en montón, aguardan en torno al carro, que ya anda, arrebatado por el grueso caballo a que va uncido, en tanto que ruedan por tierra, revueltos con paquetes de periódicos, miseras niñas cubiertas de harapos, o pequeñuelas bien vestidas, que ya desnudan el alma, o irlandesillos avarientos, que alzan del lodo blasfemando el sombrero agujereado que perdieron en la lucha. Y vienen carros nuevos, y luchas nuevas. Y los que alcanzan periódicos, no saben cómo darlos a tiempo a los compradores ansiosos que los asedian. Y la muchedumbre, temblando en la lluvia, busca en los lienzos de noticias que clavan en sus paredes los diarios famosos, las nuevas del combate. Y lee el hijo, en el diario que trae a casa el padre, a qué ojo fue aquel golpe, y cuán bueno fue aquel otro que dio con el puño en la nariz del adversario, y con este en tierra, y cómo se puede matar empujando gentilmente hacia atrás el rostro del enemigo, y dándole con la otra mano junto al cerebro, por el cuello. Y publican los periódicos los retratos de los peleadores, y sus banderas de combate, y diseños de los golpes. Y se cuenta en la mesa de comer de la familia, que este amigo perdió unos cien

duros y aquel ganó un millar, y otro otros mil, porque apostaron a que ganaría el gigante, y sucedió que ganó el mozo. Eso era Nueva York la tarde de la lucha.

¿Y en el campo de la lucha? Fue allá, en tierras del Sur, junto al mar, bajo cedros y robles. No son estas querellas de bribones, que la ira encona, el azar cansa, y el capricho legisla: son troncos de antemano concertados, en que se dividen—como en las justas antiguas—el campo y la luz, y se determina, como para los caballos de carrera, el peso y el modo de justar y se acuerda en tratado formal y manera minuciosa, que los peleadores pelearán de pie, y sin piedras ni hierros en la mano, ni más que tres espigas de punta redonda y media pulgada de largo en la suela del zapato, y se establece, como mejora de decoro, que aquella vez no muerdan, ni se rasguen la carne con las uñas, ni se dé golpe al que ya tiene una mano y una rodilla en tierra, y a aquel a quien se sujeta por el cuello contra las cuerdas o estacas del circo, que ha de ser prado llano, y no mayor de 24 pies en cuadro, y ha de ostentar al sol, enarboladas en las estacas del centro, los colores de pelea de ambos rufianes, los cuales fueron esta vez arpa, sol, luna y escudo, y águila de anchas alas sobre esfera tachonada de estrellas para el gigante de Troya, y águila que sustenta en las nubes un escudo americano, cercada de banderines de Irlanda y Norteamérica, para el mozo fuerte de Boston. Porque de Irlanda vino a esta tierra, con la poblada numerosa, la bárbara costumbre.

Los tiempos no son más que esto: el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre. ¿No hay horas de bestia en el ser humano, en que los dientes tienen necesidad de morder, y la garganta siente sed fatídica, y los ojos llamean, y los puños crispados buscan cuerpos donde caer? Enfrenar esta bestia, y sentar sobre ella un ángel, es la victoria humana. Pero como el Caín de Cormon, en tanto que los aztecas industriosos y los peruanos cultos hacían camino en la cresta de los montes, echaban por canales ciclópeos las aguas de los ríos, y labraban para los dedos de sus mujeres sutilísimas joyas, los hombres de aquellas tierras del Norte, que opusieron a los dardos de los soldados de César el pecho velludo, y las espaldas cubiertas de pieles, alzaban tienda nómada en la tierra riscal, y comían en su propia piel, ahumada apenas, la res ensangrentada que habían ahogado con sus brazos férreos. Los brazos de los hombres parecían laderas de montaña, sus piernas troncos de árboles, sus manos

mazas, sus cabezas bosques. Vivir no fue al principio más que disputar los bosques a las fieras. Mas hoy la vida no es montaña áspera, sino estatua tallada en la montaña.

Así se espantan los ojos, como si de súbito se viera pasar por las calles de una ciudad moderna a Caín, de ver cómo las artes de la pintura y de la imprenta lamen sumisas los pies rugosos de estas bestias humanas, y copian y celebran al bruto magnífico, y le espían anhelantes en el instante en que, desnudo el torso montuoso, y encrespado el brazo troncal, ensaya en una bola de cuero, que envía bamboleando al techo de que cuelga por fajilla de cuero, los golpes que ha de dar luego, entre hurras y vítores, en el cráneo crujiente, en los labios hinchados, en el cuerpo tambaleante de su adversario estremecido. Se educan para la pelea, se fortalecen, se consumen en la carne superflua que pesa y no resiste, se recogen en población de campo, en casa apartada, con sus educadores, que les enseñan golpes excelentes, y les prohíben excesos corporales, y los muestran a los que apuestan de oficio, y quieren ver, antes de apostar a su hombre, porque “ellos van de negocio” y deben apostar “al mejor hombre”. Y de negocio también van los peleadores, que jamás se vieron a veces, y van a verse por primera vez en la arena del circo. Pero un chalán ha puesto a los brazos de uno, dos millares de pesos, y un diarista ha puesto a los brazos de otro, dos millares, y ajustan la pelea, la sangrienta pelea, porque no viene mal ganar, rompiendo huesos y sacudiendo en los cráneos los cerebros, los dineros y la fama de “campeón del peso grande de la América”, porque hay menguados que pesan ciento treinta libras, y se baten por la fama de ser los más ricos golpeadores entre los de poco peso; mas hay mancebos que pesan doscientas libras, y estos lidian por merecer el derecho de campeón entre los de peso grande.

Y no bien se publica que se ha ajustado la batalla, hácense cargo del peleador los que le “educan”, que se llaman “sus segundos”, e impiden que por el beber o el mocear comprometa “el hombre de pelea” la ganancia del que ha puesto dinero “a su espalda”. Y es la nación circo de gallos. Van los dos hombres enseñándose por los pueblos, y peleando con guantes, desnudos de cinto arriba, en teatros, plazas y tablados de cantina, donde ondean sus colores, y narran sus hazañas, y palpan sus músculos y balancean las condiciones de ganancia o pérdida, antes de cruzar con el jugador vecino la apuesta de dinero. Créanse bandos en las poblaciones, que suelen

parar en que ambos contendientes saltan, revólveres al aire y cuchillos en alto, al circo o al tablado: y Troya, que ama a su gigante, que es dueño de un teatro, y padre de familia, y pródigo de fama, como buen rufián, arde en celos de Boston, que está orgullosa de su bestia, porque no se ha puesto hombre en frente del mozo bostonés que no haya caído ensangrentado en tierra. No se pregunte quién lo impide, que cuando acontece en plazas públicas, un mes tras otro mes, no lo impide nadie. Hay leyes, mas como en México, donde prohíben las lidias de toros, buenas para hacer toros de los hombres, en el recinto de Tenochtitlán, y dejan las que haya en el pueblecillo cercano de Tlalnepantla, donde un tiempo oró en su torre alta el gran Netzahualcoyotl, poeta, rey y capitán excelso, y hoy desjarretan brutos, vestidos de toreros de comedia, hombres nacidos, por la grandeza de la tierra que los cría, a más glorioso empleo.

Cuando se acerca el día fijado para el combate, como cada estado tiene ley diversa, y abundan entre los hombres distinguidos, que hacen las leyes, los abominadores de esta pelea de hombres, suelen los pugilistas andar de salto en salto, en fuga de las cárceles. Mas hallan siempre estados que los amparen, y allí, es fiesta pública. Vienen los trenes, de comarcas lejanas, cargados de apostadores, que ponen punto a sus negocios, y dejan sin padre sus casas, por venir a centenares de millas, a apiñarse en la muchedumbre vociferadora que con el rostro encendido y las manos en alto, y el sombrero a la nuca, rodeará en la mañana anhelante, el circo de la lidia. Son banqueros, son jueces, son graves personas, miembros de las iglesias de su pueblo, son jóvenes ricos, de dinero que debiera trocarse en yugo para sus frentes: no son solo bribones ni chalanos. Hay en toda ciudad un centro de estos juegos, y en algunas ciudades muchos centros. Cada agrupación envía sus diputados; cada postor que puso precio, envía su hombre a ver; cada amator del ejercicio va a gozarse en sus lances. No tienen cierre las puertas de los hoteles y cantinas. Los hijos pródigos del azar asombran con su fausto, y los boxeadores de oficio con sus fuertes músculos, a las damas y damiselas de la villa, que no apartan de ellos los ojos, como de seres aborrecibles, sino que les miran con curiosidad y con regalo, como a hombres magnos y seres de privilegio.

En Nueva Orleans, en cuyas cercanías fue este combate, se abrieron las bolsas viejas, muy atadas desde los tiempos de la guerra terrible, para poner los ahorros mohosos a la bravura de los jayanes.

Las calles parecían corredores de casas; y el suceso, suceso de familia. Todo era chocar de vasos, hablar en voces altas, discutir en tiendas y plazas los méritos de los mozos, en cohorte ir a saciar los ojos avarientos en la espalda robusta, el hombro redondo, y la cadera desenvuelta de los atletas. Y volvían los unos, mohínos porque su jayán tenía demasiada carne sobre las costillas, y los otros alborozados porque su hombre era todo huesos y músculos. Iban los médicos en grupos, a ver aquel ejemplar rico de bruto humano. Y las damas iban a poner su mano delgada en la mano huesosa de los héroes.

Toda la ciudad parecía de viaje en la noche que acabó en la madrugada de la marcha. En sillas, y en sofás y de codos en los balcones, dormían, temerosos de que partiese el tren sin ellos, los que habían comprado, a cambio de diez pesos, el derecho de ver la anhelada lucha. Vaciaban en los mostradores de los hoteles, porque no se las robasen en el camino, las joyas, a que son los rufianes muy aficionados. Y allá va al fin, cruzando los llanos pantanosos de la Luisiana, el tren veloz con los peleadores, con sus segundos, con la esponja y menjurjes de curar, con los dineros de la lidia, con sus vagones repletos, techados de gente, rebosada de los carros. Allí el beber; allí el vocear; allí el proponer apuestas y aceptarlas. Allí el decir que un buen peleador ha de tener arrojo, agilidad y resistencia. Allí al hacer memoria de cómo en otros tiempos se libraban al vigor del puño las contiendas electorales de los neoyorquinos; cómo un Mc Coy mató en el circo a un Chris Lilly; cómo cuando Hyer venció a Sullivan, en “pelea de huracán se encendieron luminarias en Park Row”, que es la calle vieja y famosa, que da hoy al costado del correo, y se leyó por largo tiempo en un gran lienzo transparente: “Tom Hyer, campeón de América”. Era allí el recordar entre sorbos de pócimas ardientes, que Morrisey dejó a Heenan por muerto; que cuando Jones peleó con Mc Coole recibió de él tal golpe en la frente, que rodó al suelo, víctima de náuseas y como con el cerebro desquiciado; y que Mace era un gran golpeador, que braceaba como aspa de molino, y quebró de un buen golpe el cuello de Allen. ¡Y el sol entraba a raudales por las ventanillas de los carros!

Ya en el lugar de la pelea, que fue la ciudad de Mississippi, estaban llenos de gente los alrededores del sitio elegido para el circo, y a horcajadas los hombres en los árboles, y repletos de

curiosos los balcones, y almenados de espectadores los techos de las casas. Vació el tren su carga. Se alzó el circo en el suelo, y otro circo concéntrico, entre los que podían vagar los privilegiados; cantando alegres, se sentaron por la arena en batallón gozoso los cronistas, que cuando se pobló el aire de hurras, y fueron todas las manos astas de sombreros, era que venían el hurraño Sullivan con su calzón corto y su camiseta de franela verde, y el hermoso Ryan, el gigante de Troya, en arreos blancos. En el circo, había damas. Y a la par que los jayanes se dieron las manos y ponían a hervir la sangre que iba a correr abundosa a los golpes, encucillados en el suelo, contaban los segundos los dineros que se habían apostado a los dos hombres. ¿A qué mirarlos? A poco, ruedan por tierra; llévanlos a su rincón, y báñanles los miembros con menjurjes, embístanse de nuevo, sacúdense sobre el cráneo golpes de maza; suenan los cráneos como yunque herido; mancha la sangre las ropas de Ryan, que cae de rodillas, en tanto que el mozo de Boston, saltando alegre y sonriendo, se vuelve a su “esquina”. Atrruena el vocerío, álzase Ryan tambaleando; le embiste Sullivan riendo; ásense de los cuellos y estrújense los rostros; van tropezando a caer sobre las cuerdas; nueve veces se atacan; nueve veces se hieren; ya se arrastra el gigante, ya no le sustentan en pie sus zapatos espigados, ya cae exánime de un golpe en el cuello, y al verlo sin sentido, echa al aire la esponja, en señal de derrota, su segundo. Se han cruzado \$300 000, apostados en todas las ciudades de la nación a la pelea de estos dos mozos; se han alquilado hilos de telégrafo para dar cuenta menuda a todos los vientos de los detalles de la lidia; han recorrido las calles de las grandes ciudades, muchedumbres ansiosas que recibieron con clamores de aplausos, o ruidos de ira, la nueva del triunfo; se ha celebrado con músicas y fiestas al bostonés victorioso; y se exhiben de nuevo en circos y cantinas, agasajados y regalados, el mozo y el gigante. ¡Aún está roja y castigada de los pies, en la ciudad del Mississippi, la arena de la mar! Es este pueblo como grande árbol: tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos.

La Opinión Nacional, Caracas, 4 de marzo de 1882.

OC, t. 9, pp. 252-259.

DE “CARTAS DE MARTÍ”
UNA ESCENA DEL FÚTBOL

Pues los niños en Boston, de donde es el púgil Sullivan, ¿no han empezado a ir al matadero público a beber tazas de sangre, porque a uno de ellos, que peregrinó por ver una pelea del púgil, le dijo este que para ser fuerte bebía sangre? Y se escapan de las escuelas, y van a ver, en su taberna, llena de cuadros lascivos, al bostonés formidable que de una puñada abate un cráneo. Su cara es roja e informe, como un bulbo. Cuando pasa por los pueblos, a dar fiestas de boxear, la gente sale a los caminos, y lo reciben en diputación, y lo aclaman.

La Nación, Buenos Aires, 11 de enero de 1885.

OC, t. 10, pp. 133-134.

DE “CORRESPONDENCIA PARTICULAR
PARA EL PARTIDO LIBERAL”

EL JUEGO DE PELotas.—EL PELEADOR SULLIVAN.—
CÓMO LO ADMIRAN Y MIMAN EN NUEVA YORK

Los juegos son como los pueblos en que privan: este es golpe, rudeza, ausencia de arte: se enronquecen y embriagan con ese juego burdo, que cría la admiración funesta por los fuertes, tanto [que] en los colegios se mira aquí como a pobre persona el que se nutre, como de estrellas que muerden, de ideas y sueños grandes: acá los prohombres de los colegios, los que se llevan las damas y mantienen corte, son el que mejor rema, el que mejor recibe la pelota, el que más sabe de hinchar ojos y desgoznar narices, el que más bebe o fuma. Niños de nuestras tierras que vienen a estas Universidades con el almita clara y encendida, llena de sombras de héroes y de colores de bandera, se vuelven ¡ay! a los pocos años de estar entre estos boxeadores, mozos hoscos y abruptos, ida toda la flor, sin fe más que en el dinero y en la fuerza. Mejorar los colegios nativos, que con ser como son ya son mejores, vale más pese a la gente novelera, que sacar a los hijos de bajo de las alas de la patria para venir a donde olvidan la suya, y no adquieren la ajena. [...] // Acá es frenesí este amor al gladiador. Se tiene en él una gran vanidad,

como si encarnara y representase al país en lo que más se estima. Ahora mismo agita el papel en que esto se escribe, el aire que entra por la ventana, lleno de la música ruidosa con que van a saludar unos mozos entusiastas al púgil Sullivan, rey de los puñetazos, que tiene ya cinco años de vida de triunfo, adorado y mimado por su fuerza. De un golpe abate a un hombre: de dos lo mata. Lleva una vida brutal. El día es para él champagne; de noche, cerveza; un puñetazo, el cielo. Le deleita quebrar labios y leyes. No tiene una bondad ni arranque de hombre. A su mujer, la tunde. A su hijito, de ojos azules, lo echa escaleras abajo. Goza en magullar. Tiene el gusto burdo, y va todo él colgado de brillantes: lleva un puño de ellos en la pechera de la camisa: un anillo le relampaguea en la mano derecha: otro en la izquierda. Usa un sombrero blanco como la leche. Pero toda esta grosería y brutalidad se le perdonan. La policía lo escuda y lo trata tiernamente. Los tribunales no le son hostiles. Se ve en él todo eso como ornamento y gracia de su majestad. Un cariño real acompaña y protege por todas partes a esta bestia.

Aquí está en un hotel que abre sus balcones sobre el aire aromado, del Parque Central, preparándose para la pelea enorme con que va a celebrarse el día 4 de julio, el día santo de la independencia patria!

Diez días faltan, y ya no habla New York de otra cosa. Se olvidan las carreras de caballos, los desafíos de pelota, la noticia de que la hermana del Presidente publica una novela de amores; las sentencias recaídas sobre los obreros coaligados que amenazan a los dueños la demanda de un representante para que el Congreso impida que el gobierno francés tome sobre sí la obra del canal de Panamá. Todo eso se lee como de pasada. De nada de eso se trata en las conversaciones. La primera ojeada de los que leen diarios es para el párrafo de Sullivan. Los diarios informan al público de que sus ojos están claros, vivos, buenos para la pelea. Tiene un cuidador que le amasa la piel dos veces al día, que le lleva al levantarse por las mañanas un vaso de agua, con cuatro yemas de huevo. Todo el día está en el hotel rodeado de gente. El campeón sale dos veces a tomar el aire, en un carruaje pomposo, que él quiere que sea muy grande, y de dos caballos. Si está almorzando adentro, la multitud cuchichea afuera: “Le han servido cuatro costillas”: “no toma más que té y yemas de huevos”: “ya pesa cinco libras menos”. Si se

acerca a la puerta para tomar el suntuoso coche, la multitud se arremolina, se siente como una unción, los policías halagüeños limpian el paso para su héroe, el héroe sale, acogido por un clamor de victoria, y cuando vuelve, pleno el pulmón de aire de flores, la gente es más, y de la plazoleta del hotel, que es toda una cabeza, surge un vitor robusto que corean los chicuelos amontonados de todas partes de la ciudad, para respirar siquiera el polvo del carruaje del campeón a quien admiran. Da frío, ver criarse a un pueblo entero en el culto de la fiera.

El Partido Liberal, México, 13 de julio de 1886, t. III, no. 411, pp. 1-3.
OCNY, pp. 40-41, 44-45.

DE “NUEVA YORK EN JUNIO” EL PÚGIL SULLIVAN

Está sacudida Nueva York, porque para celebrar al gusto público el aniversario de la independencia, se nutre el púgil Sullivan, cargadas las manos y la pechera de brutales brillantes, con las costillas de carnero, yemas de huevo y aire fresco del Parque que han de mantenerle claros los ojos y sueltos los músculos en la pelea tremenda contra un inglés rival y diminuto, a quien ceban y amasan dos guardianes en un pueblo de playas salutíferas.

La Nación, Buenos Aires, 15 de agosto de 1886.
OC, t. 11, p. 15.

DE “VARIOS SUCESOS” TRIBUTO DE BOSTON AL PÚGIL SULLIVAN

En el Oeste pelean de esa manera los hombres, que van en piara a la bebedería, y las mujeres, forzudas y decididas como ellos, que quieren barrer la parte del hogar. En el Este, ausente de las ciudades populosas todo el que no tiene los panes tasados, anda el gentío luciendo hijos en Newport, Bar Harbor, Long Branch y Saratoga, o purgando la sangre viciada en los manantiales de Sharon o Richfield, donde la

calma llega a la majestad, o realzando la hermosura en Narragansett y otras costas amables con trajes estrechos, sin que en lugar alguno falte una Asamblea, ya de clérigos protestantes, que quieren ver cómo se unen las sectas para levantar en Nueva York una catedral famosa que deje enana a la católica de San Patricio; ya de periodistas negros que consultan sobre la conveniencia de que cada negro vote por el partido que le plazca, no como hasta hoy ciegamente por el republicano, y case con quien quiera, negra o blanca; ya de bomberos, que luego de reglamentar su asociación, se entretienen con cuentos de cuando eran los bomberos voluntarios, aunque no más heroicos que los que ayer expusieron sus vidas por salvar de un incendio a dos caballos; ya de jugadores de pelota, que es juego desgraciado y monótono que perturba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre a lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quién recorrió el cuadro más veces o tomó más la pelota en el aire, publican los periódicos de nota al oscurecer, una edición extraordinaria. Boston mismo, que de shakespeareana y poética se precia; Boston, hogar de arte, y como academia del buen gusto, del periodismo experto y de la fina literatura; Boston, en cuyas cercanías pensó Emerson y rimó Longfellow; Boston, en cuyo sacro Faneuil Hall, cuna luego de la soberana oratoria del abolicionista Wendell Phillips, nació “con palabras que han puesto cinta al mundo” la libertad americana, ¡Boston mismo, con su *mayor* a la cabeza, ha subido a un estrado de púgiles, para ceñir el vientre de John Sullivan, campeón de los peleadores, una faja de oro, y diamantes, y águilas esmaltadas, y banderas de Irlanda y los Estados Unidos, que ha costado a los ciudadanos de Boston diez mil pesos! ¡Este es el magnífico bruto que derriba a cuanto hombre sale al frente, que tiene a la cofradía pasmada por el empuje y peso de su puñetazo, que echa a tierra del golpe, rodeado de trémulos policías que lo disuaden tiernamente, al niño que le enoja, a la mujer con quien tiene hijos, al caballo que le cierra el paso! Babeando y hediendo va todas las noches a su casa este magnífico bruto, honrado ahora, ante el teatro repleto que lo vitorea, por el *mayor* de su ciudad de Boston.

DE “LA ÚLTIMA PÁGINA”

Antes todo se hacía con los puños: ahora, la fuerza está en el saber, más que en los puñetazos; aunque es bueno aprender a defenderse, porque siempre hay gente bestial en el mundo, y porque la fuerza da salud, y porque se ha de estar pronto a pelear, para cuando un pueblo ladrón quiera venir a robarnos nuestro pueblo. Para eso es bueno ser fuerte de cuerpo; pero para lo demás de la vida, la fuerza está en saber mucho, como dice Meñique. En los mismos tiempos de Homero, el que ganó por fin el sitio, y entró en Troya, no fue Ajax el del escudo, ni Aquiles el de la lanza, ni Diómedes el del carro, sino Ulises, que era el hombre de ingenio, y ponía en paz a los envidiosos, y pensaba pronto lo que no les ocurría a los demás.

La Edad de Oro, Nueva York, no. 1, julio de 1889.
OC, t. 18, p. 349.

DE “EN LOS ESTADOS UNIDOS” PUGILATO.—SULLIVAN CONTRA KILRAIN

Está de bárbaros el país. No se habla más que de la pelea de los dos púgiles Kilrain y Sullivan. De San Francisco a Nueva York, lo primero que trae el diario, escrito con maravilla de color y arte como de novela, es el recuento de lo que hicieron ayer los púgiles, de lo que come Sullivan, para rebajarse la carne, de lo que anda Kilrain, para fortalecerse las piernas. Se ha escrito de ellos, es la verdad, más que de la catástrofe de Johnstown, que todavía está pidiendo ataúdes. [...] // “Sullivan tiene siete pies”. “De los pies es flojo, y tiene el brazo roto”. “Un barril de *whisky*, no es quién contra un herrero que juega con los quintales”. “Sullivan rompió ayer en el aire una bola de cuero de un puñetazo”. “Kilrain tiene cables en las piernas”. “Con avena hemos estado criándole los músculos a Sullivan”. “Cien por Sullivan”. “Diez por Kilrain”. Y salen llenos de rufianes, de jóvenes de la prohombra, de representantes y jueces que llevan nombre supuesto, los trenes, anunciados, de público, en cartelones y periódicos, para el lugar de la pelea, para el circo que a quince por hombre, tiene ya recogidos treinta mil pesos.

Allá va toda la gente de cabeza rapada, y tabaco con el aro de papel, para que se le vea lo bueno. Van de sillón con cama y mesa de champaña, en el carro-palacio. Van con sus mozas, que saben como ellos dónde ha de ir una buena “derecha”, o cómo se ha de meter el brazo para llevarle al otro la ventaja en la “cruz”. // Y ellas mismas saben “crucear” y “derechar”, como la que, en pleno Long Branch, sacó a latigazos al marido sumiso de una casa donde había entrado a convidar a una damisela a que pasease en su coche. “¡En este coche no entra nadie más que yo!” Y el marido iba luego a su lado por el paseo, muy satisfecho, saludando a derecha e izquierda con el sombrero blanco.

La Nación, Buenos Aires, 17 de agosto de 1889.
OC, t. 12, pp. 279, 281-282.



D
E
P
O
R
T
E

INVERNALES

DE "CARTA DE NUEVA YORK"
NIEVES, GOZOS Y TRISTEZAS

Los labriegos están gozosos porque los copos fríos, como mariposas blancas, les traen en sus alas, a hacer bien a las siembras, todo el amoníaco de la atmósfera y luego se tienden sobre la tierra, a que los animales dañinos mueran bajo ellos, y a que el saludable amoníaco,—que gusta de volar como toda esencia,—no se escape del suelo cultivado que lo ha menester. Despiértase en las mañanas de nevada el hombre del trópico cuyo cráneo parece natural aposento de la luz, que lo engalana y lo arrebola todo, como hombre que viviese hambriento y sediento; y hurraño como lobo encerrado en las paredes fosforescentes de una vasta sepultura. Imagina que su cabello ha encanecido. Amenaza con el puño aquel enemigo inmenso y alevoso. Su mano hecha a grabar en el papel los relámpagos que iluminan su mente, pósase en él hinchada y aterida y aletean, en su cráneo encendido, las águilas rebeldes. Fuera es el regocijo y la algazara. Caballos generosos empenachados y arrogantes, arrastran con gran ruido de

sus colleras de cascabeles, los rápidos trineos. Hay sol suave en la altura, y sol de gozo en los rostros de los hijos de estas tierras de nieve. Alzase en el Parque Central la amada bola roja que anuncia a los patinadores que ya está bueno de patinar el lago helado, y aquí es uno que ajusta los ricos patines, allá otro que se calza de modo que no se les vean los suyos modestos. Puéblase el lago de alegres danzadores. Una parte, sobre el patín afilado que corta, sigiloso como la calumnia, los hielos dóciles, y se balancea, se revuelve, se mece, se extiende, como si se extendiese sobre el cuello de un caballo invisible, se refleja, se acerca, gira presto, traza relámpagos, dibuja edificios, escribe su nombre, se abalanza, se para de súbito, toma de la mano a gallarda doncella y alegres como besos que volasen, se deslizan, veloces como sueños: otro más inexperto, aprende, con sus rudas caídas, cuán caro cuesta en la tierra intentar volar, y dura el regocijo, el reír de los que dan consigo sobre el hielo, el batir palmas y silbar —que aquí se usa por aplauso— a los que caracolean, revolotean y triunfan, el hacer cerco a los patinadores hábiles, el celebrar a las hermosas damas, el seguir con los ojos a los airosos caballeros el tomar notas de los agentes de periódicos, el poner orden de los guardianes del parque, hasta que va a dar la nieve en lodo, cual suelen las bellezas, y cae de lo alto del mástil, anunciando que el patinar ha terminado, la amada bola roja.

La Opinión Nacional, Caracas, 18 de febrero de 1882.

OC, t. 9, pp. 243-244.

DE “CARTAS DE MARTÍ” TRINEOS BLANCOS

Y ved, ved qué trineo tan bello es este que cruza ahora por mi puerta, como presagio de los tiempos buenos. Es nieve y alegría. Bajo los pies, la nieve cruje. En las venas, hínchase la vida. El aire embriaga y remoza. Lo blanco mueve el alma. Son blancos los caballos del trineo, y sus cintas azules; ¡y en él se sientan dos enamorados!

La Nación, Buenos Aires, 18 de marzo de 1883.

OC, t. 9, p. 350.



E Q U I T A C I Ó N

DE “SECCIÓN CONSTANTE”

En el Estado de Iowa—de la América del Norte—tuvo efecto hace poco tiempo, en presencia de diez mil espectadores, una corrida de caballos que llamó en alto grado la atención por ser los *jockeys* dos conocidas amazonas, miss Piuneo y miss Burke, ambas de un peso aproximado—120 y 117 libras respectivamente. Debían recorrer la distancia de diez millas, y cambiar de caballo cada dos millas. Los cinco caballos de miss Burke eran ya conocidos, por haber corrido diferentes veces en Nebraska, a diferencia de los de miss Piuneo, que los acababa de adquirir semisalvajes en el Colorado. Poco antes de darse la señal de partida, miss Burke tuvo un fuerte altercado con el padre de miss Piuneo, de manera que esta principió la corrida en condiciones desfavorables; a pesar de lo cual las amazonas llegaron a un tiempo a la primera parada, produciendo con ello la indignación de la multitud. Miss Burke empleó ocho segundos en el cambio del caballo y diez su contrincante. En la siguiente corrida

miss Burke adelantó un cuarto de milla a miss Piuneo, y considerándose ya victoriosa, al pasar cerca del padre de esta le dio un bofetón, no olvidándose después de apostrofarle en cada corrida, cuando le hallaba al paso. Después de la novena parada Miss Piuneo estaba casi sin fuerzas y pidió a su padre que no le hiciese correr las últimas dos millas. “No, contestó el padre, debes correrlas aunque te cause la muerte”. Miss Piuneo obedeció, pero miss Burke ganó la corrida por una milla de ventaja. Miss Piuneo empleó 23 minutos 40 segundos y miss Burke 21 minutos 49 segundos.

La Opinión Nacional, Caracas, 6 de diciembre de 1881.
OC, t. 23, p. 109.

DE “CARTAS DE MARTÍ” LA VIDA NEOYORQUINA

Y si en ningún mes se reposa, en este de junio, mes de aves y de madre selvas, y de sacar nidos, se amanece en una barca, cuya blanca vela tiñe la aurora de color de rosa; se almuerzan fresas en un campamento de estudiantes, que disputan o reciben premios; se divierte la tarde bajo un parasol rojo, viendo al jinete que cae, al apostador que murmura, a la batalla frenética de los caballos corredores, a la yegua de Vanderbilt que trota una milla en dos minutos y quince segundos; y se acompaña a la tierra en su giro a la sombra, al compás de los tambores melancólicos de los soldados de ciudad que hacen en estos días ejercicios de campaña; y se consume la noche, cual cera en torno a pabulo, en baile ardiente y loco, trabado a sombra de árboles o discretas techumbres de vastos corredores, entre estudiantes satisfechos y soldados novicios, y damiselas lindas que no saben que tienen semilla amarga los manzanos de oro.

La Nación, Buenos Aires, 15 de agosto de 1883.
OC, t. 9, pp. 443-444.

DE “EXHIBICIÓN DE CABALLOS
EN NUEVA YORK”
CASTAS Y PREMIOS

New York prepara un certamen hípico, a que hicieran bien en venir los criadores de los países vecinos que aún tienen tiempo de ello. Es para el 22 de octubre, y durará cuatro días. Nunca ha habido cosa semejante en New York, y la idea está siendo muy acariciada por el público. Como los caballos americanos, de las crías buenas de Kentucky, han solido vencer a los ingleses en las carreras de estos últimos años, ya miran a sus caballos los americanos como a héroes de la patria, y ponen en ellos ese amor ardiente con que los hijos leales calientan y acatan todo lo que sale de su tierra madre, o echa luz sobre ella. La fiesta toma tamaños de un suceso nacional.

Todos los pueblos que tienen buenos caballos, como la Argentina y México, debieran celebrar a menudo certámenes semejantes. [...] // No menos de 450 caballos se aguardan para esta fiesta. Los habrá de sangre entera, ya padres selectos, de cuatro o más años, y de tres y de dos, y potros de un año; ya yeguas en cría, con su crianza al pie.

Allí habrá árabes finos, que han venido a los Estados Unidos,—como en otro tiempo fueron a Inglaterra, bien hace ya quinientos años, a crear con las especies más recias del país, ligeras y aristocráticas especies nuevas.

Se espera animadísima competencia de trotadores, por sobresalir grandemente los caballos americanos en lo firme y abierto de su trote. Es cosa diaria que un buen animal de tiro haga una milla en dos minutos y quince segundos. Y hay aquí ya guiadores tan diestros que cuentan en el aire el tiempo, y llegan a la meta a segundo fijo.

De seguro que estará en la Exposición el honrado Johnny Murphy, famoso jockey y guiador, a quien su antecesor y maestro en artes hípicas legó su tradicional honradez de esta primitiva e ingenua manera:—como tenía gran fama, que miraba él como cosa solemne, de soplar de entre sus labios una paja a larga distancia, sin que errase jamás el punto, llamó a Murphy a la hora de morir:

—¿Nunca has vendido una carrera, como esos otros *jockeys* bribones la venden?

—Nunca la he vendido.

—Mira esa mancha en la pared.

—Miro.

Y con sus labios tenaces de sajón moribundo, envió, como una saeta de tirador danés sobre la plancha de roble, una paja al punto mismo señalado.

—Pues, Johnny, dijo el viejo maestro; tan seguro como que me has visto dar en el punto con la paja, saldré de mi sepultura y te perseguiré eternamente si vendes jamás una carrera.

Y Johnny no ha hecho jamás traición a los que le fian sus caballos en las lidias hípicas.

Pero no serán, por cierto, caballos de carrera y trote los que figuren en la Exposición de Octubre: allí habrá también caminadores, que han de tener para entrar a certamen no menos de siete cuartas de alzada y de 1 000 a 1 150 libras de peso y parte de buena sangre.

Habrá caballos de todo trabajo, por lo que entienden aquí un animal de suficiente peso para tirar bien de un carro ligero de ciudad, o servir en las faenas del campo. Y de estos habrá secciones de sementales o padres, y receptoras o madres, y castrados.

En la sección de caballos de tiro, que promete ser buena, y que a ambas Américas es muy interesante, habrá especies de tiro pesado, y los clydesdales fuertes, pero poco garbosos, y los arrogantes percherones.—Magníficos animales tienen en estas secciones los Estados Unidos: mucho ayuda a entender ciertas aparentes dificultades de la época de la conquista, y la acción de los bellos y ferrados castellanos sobre la mente infantil y contemplativa de los indios, el asombro mezclado de veneración con que los campesinos de Guatemala, ya mestizos, recuerdan ciertas bucefálicas mulas texanas que hará unos ocho años atravesaron de lado a lado el continente.

Y habrá caballos diversos, tales como convienen y han de ser, con potencias y caracteres desiguales y variamente repartidos, para los diversos géneros de coches, para el landó señorial, o el tándem rápido, o el cuatro en mano, para el cupé discreto o el peculiar *brougham*.

DE “LA EXPOSICIÓN DE CABALLOS”

Celebró New York, con éxito grande, la suntuosa Exhibición de caballos, que en nuestro número de octubre anunciamos. De tal manera previmos lo que en ella había de ver el público, que ya apenas nos queda cosa nueva que decir de la Exhibición.

Veinte mil personas cada día la vieron, más de \$40 000 produjo. Cerca de cuatrocientos caballos entraron en las cuerdas. Excepto clydesdales, buenas bestias de tiro, allí estaban representadas todas las grandes razas.

De la mañana al alba, el Hipódromo de Madison, en que caben diez mil espectadores, rebosaba gente. Ya era que en el amplio circo paseaban en triunfal procesión, guiadas por los premiados de cada grupo, las diversas especies del hermoso bruto en cuyo honor y para cuya mejora se celebraba la fiesta;— ya que, en caballerisca competencia, una cincuentena de elegantes jinetes hacia caracolear, trotar, encabritar, pasear a sus caballos dóciles de silla, sin que hubiera jinete mejor que uno cubano, que lucía su caballo premiado, y parecía el gentil espíritu de la caballería. Ya eran las bombas de fuego, que para abrir la fiesta cada día, en desatada carrera salían, campaneando y chispeando, de su tienda en el fondo del circo, a ver cuál de ellas, tiradas por caballos poderosos, que parece que saben que van a salvar gentes, llegaba al cabo opuesto. Ya eran ejercicios de policía montada, no más experta por cierto que un vulgar escuadrón de caballería de ejército, a no ser en una suerte notable, que consiste en salir corriendo a la par de un caballo desbocado, y detenerlo o arrancar de la silla a su jinete. O ya era un centenar de caballos saltadores, que montados por audaces équites, daban tres vueltas al circo, entre las palmadas de la elegante muchedumbre, por sobre vallas, matorrales fingidos y altas cercas. [...] // Triunfaron, como triunfan siempre, y en todo, el tamaño, la elegancia y la gracia.

Por tamaño, los percherones, que parecen hechos para llevar a lomos torres y castillos: percherón había, parecido a los caballos del Automedonte de Regnault que pesaba 2 000 libras: como hemisferios de colosal albaricoque se levantaban sus macizas ancas.

Por elegancia, ¿qué caballo había de vencer sino el árabe? Dos árabes había: los dos premiados. Fueron los que el Khedive de Egipto regaló al General Grant, cuando en busca de fama que le llevase a la tercera presidencia, corría el mundo, en amistades grandes con los políticos de espada y puño. De estas dos lindas bestias, que vienen de padres casi bíblicos, uno tiene probada su nobleza por abolengo escrito de trescientos años: y el otro lleva la suya en su hermosura y arrogancia: por lo que, a pesar del abolengo, el primer premio fue del más hermoso, y no del vástago de establos viejos.—Moros son estos dos caballos árabes: corta y finísima cabeza; ojo leal, centelleante, humano; majestuosa quietud; forma pictórica. Las crines sedosas y luengas; pecho y ancas musculosos y de líneas puras; cuello corto, ancho al pecho; cañas aéreas.

Por la gracia triunfaron los ponies de Shetland. Un perro de Spitzberg es más alto que el mayor de ellos. Les chispea en los ojos relucientes, medio oculto entre las crines abundantes, una casi humana malicia. Cuando miran, ya dicen que tenderán por tierra al que intente montarlos. Eran los jocosos de la fiesta. Cuando salían juntos a la arena todos los caballos en procesión,—por donde andaban los ponies, había alboroto. Los percheros sobre todo les enojan: les muerden la crin larga, cocean entre ellos como para hacer venir a tierra aquella admirable mole viva, que pone más en relieve su pequeñez. Los hombres son como los ponies de Shetland.—Estos de la Exhibición nunca andaban al paso, sino trotando o corriendo. Eran rechonchos, crinudos, de cabecita gruesa, de pies cortos y finos. Verlos, movía a risa: parecían caballos de casa de muñecas.

Aún no se ha cerrado la Exposición, y ya los criadores se preparan, con el estímulo avivado, a ir mejorando sus brutos, de manera que sus rivales no los venzan en las Exposiciones próximas. La naturaleza humana necesita espuelas:—el mismo caballo árabe, cuando ve correr a otro en la llanura, saca de sí más bríos.

La América, Nueva York, noviembre de 1883.

OC, t. 8, pp. 421-423.

DE “CARTAS DE MARTÍ”
EXHIBICIÓN DE CABALLOS

Va mucha gente a la feria,—aunque no tanta ni de tanta cuenta, como la que tuvo cuajado el otro corral en que dan sus peleas los púgiles, y este año, como los anteriores, se convirtió, a escape de martillos, en un palacial establo, en donde, a semejanza del concurso hípico de París, compitieron por premio, ante las más lindas damas de la ciudad, los percherones de ancas ciclópeas y los *mustangs* de caña viva, los caballos de silla y trote, los de carrera y salto, los de todo trabajo, los de mera hermosura.

Un día animaban la fiesta las evoluciones de la policía montada: otro había competencia de bombas de incendio, a ver cuál era la que en menos tiempo, al toque de alarma, arnesaba los caballos, rompía el vuelo y daba vuelta al circo: en dos minutos y cuarenta segundos hubo una bomba que lo hizo todo.

Otro día era el concurso de los jinetes, que ya no dan sus caballos a montadores de profesión, sino que, como que los ven damas, montan ellos: y a uno le echaban al paso ramos de rosas, porque no parecía hombre puesto sobre el animal, sino atrevida criatura de la imaginación, o señor natural en trono vivo, que daba a la fuerza singular belleza con los realces de la gracia: tal debieron parecer a nuestros pobres indios los primeros jinetes de Castilla, firmes y ferrados. Rindió el certamen unos \$34 000, y costó \$40 000; pero la asociación que lo convoca cada año se da por contenta, pues no es la exhibición para ganar dinero, sino para el fomento de la cría caballar, y para que los jóvenes ricos, estimulados con el aplauso de las mujeres, den su caudal a empresas serias, y entren en afición de ejercicios viriles, que no sean como el empinar la cabeza por sobre las alas de un cuello pavuno, o embutirse las pernizas en un calzoncillo de payaso, o morder el puño del bastón y comerse las erres, que es lo que hacen ahora, por parecer ingleses, los anglómanos.

La Nación, Buenos Aires, 15 de diciembre de 1885.
OC, t. 10, pp. 338-339.

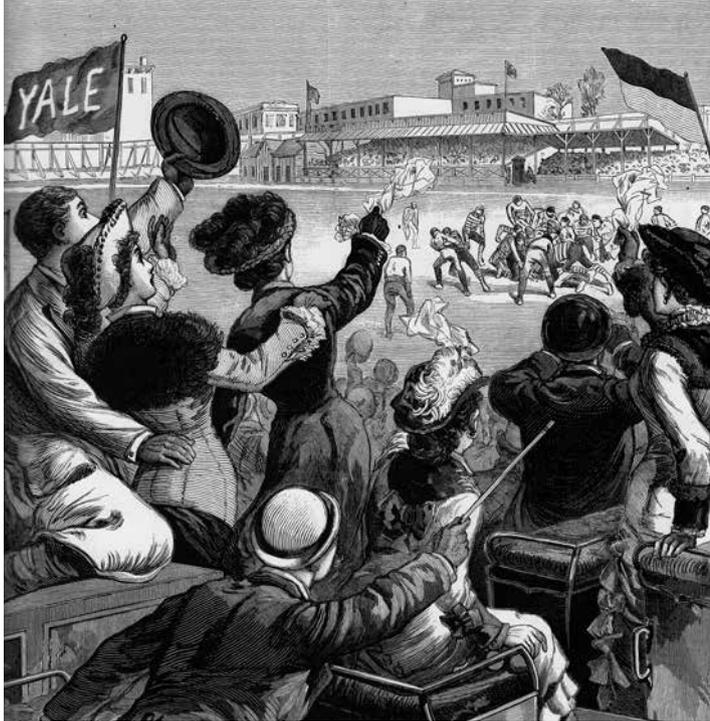
DE “CARTAS DE MARTÍ”
30 000 PESOS POR UN CABALLO
PARA BUENOS AIRES.— CABALLOS FAMOSOS

La tierra ha empezado a sonreír; las regatas a animar los ríos, las ferias de ganado a atraer concurrencia, las carreras a llenar el hipódromo de Monmouth, los caballos castizos a venderse a precios fabulosos.

Ayer la gente vitoreó en el Parque Central, a la yegua Maud S., que cumplía quince años, la yegua célebre que trotó la milla en dos minutos y ocho segundos y medio, y a otro caballo padre, de los establos de Genesee Valley, en Elmira: es un Hambletonian, hijo de Electrioneer y de Beautiful Bells. Tracy, el abogado que es ahora Secretario de Marina, lo quiso comprar para su casta de trotones; porque no hay potro de cuatro años como él que trote la milla en su cifra famosa de “2.16”. Y hoy traen los diarios de Lexington la noticia de que un argentino ha dado 30 000 pesos por Prince Wilkes, castaño de patas blancas, con un poder que se le sale de los músculos, tan recio de miembros, que parece más alto de lo que es, pero con tal arranque en los remos traseros, que con ciento cincuenta libras, podrá trotar la milla en dos minutos y once segundos: de veintiuna carreras, ha perdido tres: va a Buenos Aires con el caballerizo negro que lo mima.

La Nación, Buenos Aires, 30 de mayo de 1889.

OC, t. 12, pp. 195-196.



F Ú T B O L

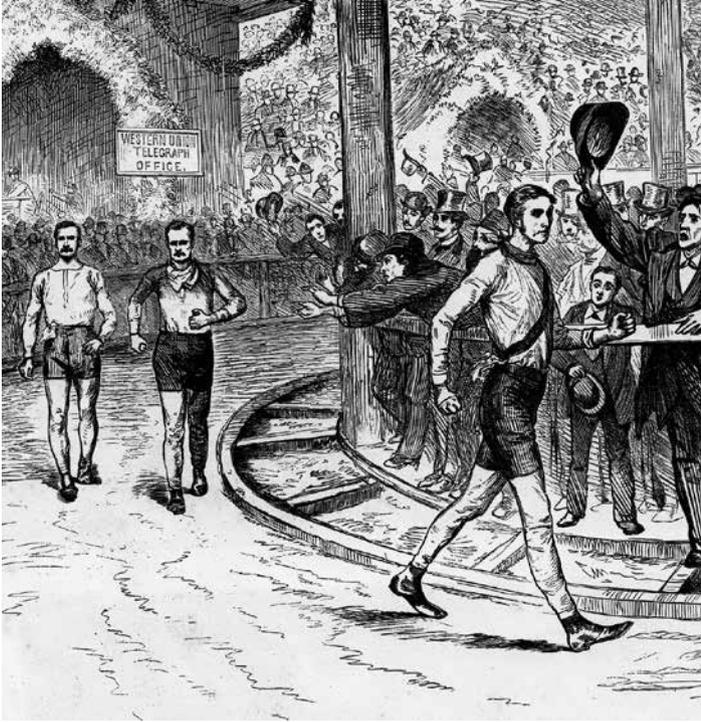
DE "CARTAS DE MARTÍ" UNA ESCENA DEL FÚTBOL

Debajo de mis ventanas pasa ahora, en una ambulancia, en trozos, unidos apenas por un resto de ánimo, el capitán de uno de los bandos de jugadores de pelota de pies. Dicen que el juego ha sido cosa horrible. Era en arena abierta, como en Roma. Luchaban, como Oxford y Cambridge en Inglaterra, los dos colegios afamados, Yale y Princeton. Mujeres, abrigadas en pieles de foca, ricas en pedrería, hubo a millares. Naranja era el color de Yale, y el de Princeton azul; y cada hombre llevaba su color en el ojal de la levita, y cada mujer una cinta al cuello. Caballeros y damas, de seda exterior vestidos, mas sin seda interior, se apretaban contra las cuerdas que cerraban la arena. Detrás de ellos, coronados de gente, doble fila de coches, como en las corridas de caballos. El cielo sombrío, como no queriendo ver. Los gigantes entrando en el circo, con la muerte en los ojos. Llevan el traje del juego: chaqueta de cañamazo,

calzón corto, zapatilla de suela de goma: ¡todo estaba a los pocos momentos tinto en la sangre propia o en la ajena!

A las dos comenzó el juego: a las seis no era aún terminado. Los de un bando se proponen entrar a puntapiés la bola en el campo hostil: y los de este deben resistirlo, y volver la bola al campo vecino. Este pega: aquel acude a impedir que la bola entre: otros se juntan a forzarla: otros acuden a rechazarla: uno se echa sobre la bola, para impedir que entre en su campo: los diez, los veinte, todos los del juego, trezados los miembros como los luchadores del circo, batallan a puño, a pie, a rodilla, a diente. Se asen por las quijadas: se oprimen las gargantas: se buscan las entrañas, como para sacárselas del cuerpo; resuenan, como duelas de caja rota, los huesos de los pechos. Se patean, se cocean, se desgarran. Y cuando se apartan del montón, el infeliz capitán del Yale, caída la mandíbula, apretados los dientes, lívido y horrendo, se arrastra por la arena hecha lodo, como una foca herida: gira sobre su cabeza, apoyado en un calcañal, con el cuerpo en comba; se revuelca sobre su estómago; muerde la tierra; se mesa el pecho, como si quisiera arrancárselo a tajadas; y lo recogen del suelo, con un tobillo junto de la barba.

Agoniza en la arena, y lo sacan en brazos. El juego sigue; y el vítor, y el aplaudir de las mujeres. A otro le cuelga el brazo dislocado. A otros les corre la sangre por los rostros. Y puján, y arremeten, y se revuelven y retuercen sobre la bola, y uno se queda exánime, cuando el montón clarea, con los brazos tendidos, y la vida en vilo. Dos jugadores se arrodillan a su lado, le sacuden el pecho, le golpean sobre el corazón; cambian con él alientos: ya está en pie, tambaleando. Las mujeres lo saludan y vocean: todo el aire es pañuelo. Toma otro su lugar, y sigue el juego. Si el día no acabase, no cesaría. Yale vence. No se pregunte por los nombres de los combatientes, muchos de ellos de casas famosas. El lucimiento mental se desdeña, y se apetece el brío—del músculo. En los colegios befan a los aplicados, y admiran y regalan a los fuertes. Alarmados, comienzan este año los colegios a poner coto a estos alardes físicos. Ya no habrá este año en Harvard pelota de pies.



DE “CARTAS DE MARTÍ”
LOS BÁRBAROS CAMINADORES. CARRERA DE HOMBRES.—
ATLETAS GRIEGOS Y ATLETAS MODERNOS

Con más dificultad se abre paso el espíritu por entre las brumas húmedas de este mes de marzo, que lo espantan y contristan y lo invitan, no a salir de sí, sino a reentrar en sí,—que aquella con que, en este instante mismo, apretados los codos a ambos costados, cerrados los puños, jadeante la faz, y llagados los pies, taján el aire en una carrera los “caminadores”, que en torneos por dineros, comparten con sus hazañas repugnantes, su faz marmórea, y sus ojos salidos de las órbitas, la admiración de un público enfermizo que ha aprendido a mirar sin dolor las lastimaduras de los pies, y las del alma. Un héroe es un bellaco, y un caminador, es un héroe. Las almas asustadas y púdicas; los que no caben en sí y anhelan verterse en los otros; los que prefieren el derecho de vivir en paz en la vida próxima, al goce de una paz que se compra demasiado caro en esta vida; los que gustan más de ver ricas las arcas del alma, con cuyo

oro se compra el bien eterno, que las arcas de dineros, cuyo cuño suele ser marca de infamia para el alma que la señalará en sus trances próximos,—como la cédula amarilla al presidiario francés,—son a los ojos de buena suma de neoyorquinos como flores enfermas o mentes sin seso, o maravilla extraterrena, u hombres de poca monta, que ven más por los otros que por sí: en tanto que de manos enguantadas y breves: acabado remate de airosos brazos femeniles, cae a los pies de un negrilla caminador, vestido de camisa de seda azul y pantalón de seda roja, una herradura de rosas opulentas con que la dama de Nueva York desea al negrilla buena suerte en el rudo torneo. Hurras responden a la dádiva, hurras estruendosos de aquellos diez millares de hombres que llenan el circo, henchido de humo espeso, humo de vicios y de ese aroma de frutas estrujadas, de naranja sin jugo, de manzanas mondadas, grato a las almas corrompidas. Caminan de día: caminan de noche, caminan sin tregua. La gente entra en el hipódromo de Madison a oleadas, no para ver el trance de adelanto de los hombres a un estado mental o moral sumo, sino para ver y vitorear el trance de retroceso del hombre al bruto.

Mas no lucen estos caminadores como aquellos corceles del desierto, sobre cuyo dorso musculoso ondea el alboroz franjado de oro del altanero beduino, y que parecen, más que siervos, señores de sus magníficos jinetes; sino que con sus zapatillas de caminar, y su camisa ceñida y calzón corto de colores alegres, hundido el rostro entre los hombros, pegado a las sienas enjutas el cabello lacio y sudoroso, respirando difícilmente por entre los labios pálidos y colgantes, andan al paso, galopan, trotan, se detienen sofocados, se disputan el puesto primero, se codean, se ofenden, hasta que vencidos por la fatiga, se refugian un instante en sus tiendas respectivas, a que sus cuidadores les bañen y cepillen los miembros hinchados y toman de manos de ellos sin detenerse en su carrera, una tajada de pan, una costilla de carnero, o un trozo de carne a medio cocer, en las que hincan los dientes voraces a par que galopan. Y así durante el día, así en la alta noche, así en el alba. En anchos carteles van anotándose las millas que andan. En pequeñas mesas, tienen abiertos los libros de apostar los que han pagado dos centenares de pesos por recibir apuestas, que se hacen a los pies de los hombres, como a sus puños, como a la ligereza de sus caballos. Y estos hombres se pesan, y se nutren, y se demacran de antemano. Cuál

no toma más que leche que alimenta y no carga el cuerpo de excrecencias que estorban para la marcha; cuál solo come avena, que da fuerza a los músculos; cuál vive de carne sangrienta, tal como la rebana el cuchillo del matador del lomo de la res. Y cada cual tiene sus hombres de cuidar que les preparan durante el torneo bebestrajos fortalecedores, y menjurjes, y friegas, y los reciben en sus brazos cuando ebrios de sueño y adementados se apartan un momento de la pista, y los ponen en pie, los reaniman con golpes eléctricos o golpes de puño, y los echan a andar aún dormidos por la arena, cubierta de aserrín, que miran con sus ojos abiertos y azorados, revuelven con sus pies tambaleantes, en tanto que tiritan en sus asientos, despiertos por el miedo de perder y el ansia de ganar, los apostadores; y se filtran por las hendidias y cristales el aire húmedo y las luces fantásticas de la madrugada.

Y esto lo hacen, porque se ha prometido que aquel de los caminadores que haya andado más espacio al cabo de ciento cuarenta y dos horas, ganará para sí tantos millares de pesos cuantos sean los que se han presentado a tornear, cada uno de los cuales deposita un millar a la entrada, y ganará también si anda los seis días del torneo, quinientas veinticinco millas, o mas, todos los dineros del público que acude ávido a toda hora del día y de la noche a ver cómo el fornido inglés Rowell, de piernas cortas, que anda en veintidós horas y media ciento cincuenta millas, vence sin esfuerzo a Scott gigantesco, que viste camisa de lana blanca y calzón rojo, y a Hazael que tiene de zorra, y lleva piernas encarnadas y azules, y al escocés Noremac, que tiene de lobo, y a Fitzgerald famoso, que anduvo quinientas ochenta y dos millas en seis días, y a Sullivan, que luce traje verde, y a Hart, el negro esbelto, de andar rítmico y cuerpo donairoso, que corre por entre sus rivales con los brazos llenos de cestos de flores que le dan las damas, como aquellos flamencos antillanos que pasean ligeramente el cuerpo rosado por la arena abrasada de la margen marina.

Ni es esta aquella garbosa lucha griega en que a los acordes de la flauta y de la cítara, lucían en las hermosas fiestas panateneas sus músculos robustos y su destreza en la carrera, los hombres jóvenes del ático, para que el viento llevase luego sus hazañas, cantadas por los poetas, coronados de laurel y olivo, a decir de los tiranos que aún eran bastante fuertes los brazos de los griegos para empuñar el acero vengador de Harmodio y Aristogitón. Ni es aquel aire

balsámico de las serenas tardes atenienses, en que envueltos los hombres arrogantes en el majestuoso himation de ruda lona y anchos pliegues, y las mujeres en sus suntuosas diploidias, oían de pie que ceñían con sandalias, y con la cabeza, que ornaban con diadema, los versos desesperados y terribles de Edipo el Tirano.

Ni son los premios de estos caminadores, como de los que se disputaban el premio de correr en aquellas fiestas, coronas de laurel verde y fragante, o ramillas de mirto florecido. Sino que estos jayanes andan pesadamente, y dan vuelta al circo con una esponja en la mano y una toalla en la otra, y comen dando vueltas como perro famélico que huye con la presa entre los dientes, y se enlazan los pies,—y se hinchan el rostro, a punto tal que parece que estalla,—y se arrastran por la pista revuelta como jacos de posta, sudorosos y latigueados,—y ruedan por tierra, hinchadas las rodillas y tobillos, o caen inertes como resortes rotos o masas apagadas,—por unos cuantos dineros, a cuyo sonido, al rebotar sobre los mostradores de la entrada, aligeran y animan su marcha.

¡Oh! El espíritu humano como la tierra, como la atmósfera, tiene capas. Las unas son de arena menudísima que el sol calienta, y movida de vientos extraños, asciende, en revueltas y brillantes columnas al sol: y son las otras de roca áspera, en que parece quebrarse impotente, como en masa intallable, el cincel divino. Ni se casarán al fin de esta lidia el astuto Hipómenes y la hermosa Atalanta, que vencía a todos sus rivales en la carrera, y les daba muerte con su acerada jabalina, mas no venció a Hipómenes, que dejó caer tras sí en la justa las manzanas de oro que tentaron la avaricia de la hermosa, y dieron tiempo al doncel enamorado para llegar, antes que la hija adusta de Esqueneo al término de la carrera cuyo premio era el amor de aquella vencedora de centauros: lo que enseña que han de tenerse los ojos siempre cerrados a las manzanas de oro, y que acabará esta fiesta del hipódromo Madison en disputas y querellas de rufianes, malcontentos con haber de perder, o haber de compartir las monedas de la apuesta. De vapores de mirto iban oreadas las sienes de los esbeltos corredores de otros tiempos: y orean las sienes de estos, en salones sombríos y húmedos, que parecen cuevas, los vapores del lúpulo.

DE “SECCIÓN CONSTANTE”

De la última apuesta de los caminadores en Nueva York habló a nuestros lectores una de nuestras últimas cartas de aquella ciudad. Los apostadores remataron al fin su compromiso, y todos anduvieron en seis días, en torno a la barrera de un gran circo, quinientas veinticinco millas, y uno hubo, un inglés huesoso y macilento, que anduvo en los seis días seiscientas millas. Ya al fin de la carrera, no parecía que alzaban pies, sino troncos. No se alcanzaba a ver en sus rostros expresión de espíritu. Uno de ellos se arrastraba, con los ojos cerrados, enjugándose con las manos demacradas la frente sudorosa y fría. Otro, un negrito de Haití, de faz de malhechor, andaba con elegancia y firmeza extraordinaria: le llenaban las manos de regalos y de flores. A otro lo ponían en pie tambaleando sus crueles enfermeros, y lo echaban a andar como a una bestia. Pues la empresa que tomó a su cargo manejar este espectáculo, dio cuenta de haber recogido en él \$45 674, de los cuales \$6 335 le vinieron como alquileres de los vendedores que pusieron sus tiendas en el circo; y el resto por el producto de las entradas de los concurrentes a la exhibición, que llegaron un día a dejar en el despacho \$10 618, y que en ninguno de los seis días del espectáculo dejaron menos de \$5 000. De esos dineros, con \$6 000 se quedó el empresario manejador por su trabajo y riesgos, \$18 000 fueron puestos aparte para pagos de gastos, en lo que por de contado aprovechó también el empresario, y \$21 000 fueron repartidos a prorrata entre los apostadores.

La Opinión Nacional, Caracas, 21 de abril de 1882.
OC, t. 23, pp. 271.

DE “CARTAS DE MARTÍ”

CONTIENDA DE CAMINADORES.—LOS CAMINADORES

¿Llevaré primero a los lectores de *La Nación* al hipódromo de la plaza de Madison donde catorce caminadores, ávidamente seguidos con ojos, palmas y voces por una colosal muchedumbre, se disputan el premio de dinero anunciado al que en seis días ande seiscientas veinticinco millas [...]// Aunque ahora, con las apuestas a las

caminadas que están dando la vuelta a la pista del hipódromo de Madison, se habla menos de los candidatos presidenciales que de los que han de repartirse, acabada la odiosa faena, los dineros pagados por la enorme procesión de gente que a todas horas del día y la noche repleta el hipódromo.—Porque no es esta porfía de los andadores como aquel animoso estadio griego, donde a ligero paso, y dando alegres voces justaban en las fiestas por ganar una rama de laurel los bellos jóvenes de Delfos; sino fatigosa contienda de avarientos que dan sus espantables angustias como cebo a un público enfermizo, que a manos llenas vacía a la puerta del circo los dineros de entrada que han de distribuirse después los gananciosos.

Anoche, que era domingo, rompieron a las doce la caminata. Con la gente que llenaba el circo a esa hora, había para hacer la independencia de un país:—mas no, no con esa clase de gente, ¡qué bien se están los países esclavos cuando los que los libertaran no han de honrarlos!—No eran solo los concurrentes habitantes del Bowery, que es en New York el barrio de la cofradía de gente torva, sino caballeros de buen ver; y mujeres de ricos vestidos, en cuyo seno palpitante lucían ramos de rosas que a pocas vueltas de los competidores estaban ya adornando los pechos de los atletas que sacaban la delantera en la primera milla.

Los caminadores son catorce; negro uno de ellos; inglés, de cierta cultura, otro; los más, irlandeses avaros; uno, miembro el año pasado del municipio; otro, un joven indio. A un extremo de la pista, tiene casa uno de los competidores, hecha de pino sin pintar, su cabaña de reposo. Asomarse a ellas, da náuseas; y no por las cabañas mismas, llena la puerta de banderas y coronas, y símbolos de triunfo; sino por los hombres que en sus umbrales merodean. Allí están, como los galleros cerca de sus gallos, los que cuidan a los catorce hombres, preparando los menjurjes con que han de dar vigor ficticio, de aquí a unas cuantas horas, a los miembros fatigados de los caminadores: allí están, como los homicidas en los presidios españoles, el rostro lampiño, el ojo hinchado y hosco, los labios colorados y belfudos, la cabeza rasa:—¡si se les encaja en un mango, de fijo que esos hombres sirvan, por lo insensibles y duros, más que para hombres, para martillos!—Allí están, riendo de los contendientes ansiosos que pasan, como fantasmas, el jugador insolente, ricamente vestido, que ha pagado durante todo un año los vicios y necesidades de uno de los caminadores, para resarcirse

luego, según contrato escrito, con la parte de ganancias que en la carrera le quepa; allí está el médico, sombrío como una guadaña, encargado de medir el sueño, preparar el alimento, tomar el pulso y echar a andar, mientras les lata la sangre en las venas, a los que todavía en estas primeras horas están dando vueltas a la arena, sin muestras de gran cansancio.

Mas cuando ya han pasado unos tres o cuatro días, y los diarios han contado por toda la tierra cómo se van hinchando los pies de Fitzgerald y el corazón de Rowell, y cómo se van hundiendo las mejillas de Noremac, y cómo tiembla, llora y balbucea el vejete Campana; cuando ya ha perdido todo su brillo sobre sus escuálidos cuerpos el calzón corto de seda de color y la camiseta de lanilla rosada con que, como los caballos con su divisa, entraron en la arena; cuando ya debajo de los vestidos sudorosos se les señalan los homóplatos agudos, las caderas descarnadas, el vientre seco,—no son seres humanos los que giran en medio de una multitud que monda frutas, casca maníes y ríe, sino unos como espectros o insectos grandes, imbécil y vidriosa la mirada, caído el labio, la inteligencia en velo, la voz en hilo, apretados ambos brazos a los lados del pecho, como los de un mono moribundo.

Ya andan con las rodillas más que con los pies: el negro, más enérgico, camina airoso, y se lleva los ojos y los aplausos, por lo bravo y esbelto, que son admirables siempre la energía y la hermosura aun en medio de la mayor barbarie; los demás, andan como si fueran focas, y como si se llevaran a rastras a sí mismos y caminasen sobre el cuello. Se ve que su sudor es frío; en un dedal de niña cabe la vida que les resta en el miserable cuerpo. No han comido; no han dormido; apenas han bebido. Andan treinta horas; duermen media; les dan a chupar una esponja; les bañan las sienes con aguardiente; pasan cojos y anhelantes, jadeantes por entre el gentío de las barreras, apurando una taza de caldo, descascarando un mendrugo, royendo una costilla de carnero. Por las mejillas les cuelgan las guedejas sudorosas; no responden, de miedo de exhalar sus últimas fuerzas. Y por encima del espectáculo monótono, en que aquellos catorce míseros dan vueltas sin cesar durante los seis días de la apuesta al inmenso circo, en levantada plataforma, con su ejército de chispeantes cronistas y taquígrafos, están todos los periódicos de la ciudad. No se contó de seguro el camino de la Cruz del Nazareno

con más minuciosidad que las caídas, desmayos, ligeros sueños, refrigerios breves y reparaciones en la arena de los caminadores.

Como pluma vívida, coloreada y novelesca, y no sin galas de intriga y estilo, cuentan los jóvenes críticos, que allí van a hacer pruebas de ingenio, los cambios del rostro, las inclinaciones del cuerpo, el paso peculiar de cada contendiente. Y el *World*, que es periódico viejo en que ha entrado sangre nueva, no contento de haber publicado ayer en su hoja diaria los retratos de todos los nobles de la ciudad, venerables hijos de mercaderes y vaqueros, y las narices de las mujeres de más nota en el teatro, esta mañana salió a luz con burlescos y fieles retratos de los justadores del hipódromo. La multitud, por las calles, lee ávida los boletines extraordinarios en que se cuenta hora a hora el progreso de la competencia; y en una esquina se apuesta por el irlandés, y en otra se quita un mozo la levita, y la juega al indio.

La Nación, Buenos Aires, 6 de junio de 1884.

OC, t. 10, pp. 47, 49-51.

“TEMA DE ACTUALIDAD”

“¡Guerrero, Guerrero el mexicano va a la cabeza!” No bien lo pregonan en su alcance los vendedores de periódicos, *La Nación*—que ama a su sangre—sale a averiguar si es cierto que en una prueba de resistencia física, en la carrera de seis días y noches por ver quién anda en los seis días seiscientas millas, vence al escocés, al irlandés, al inglés, al alemán, al austríaco, al árabe, el mozo esbelto que va sorbiendo leguas, a paso de indio como el gigante de las botas, el mexicano Guerrero.

Acaba de terminarse la carrera. El vencedor no es Guerrero, como lo fue en un instante; pero en los seis días, aunque perdió por la nariz sangre a torrentes, ha andado quinientas sesenta y cuatro millas, y de sesenta y siete competidores, el mexicano fue el tercero.

Solo Albert el vencedor, ágil y membrudo como Peleo, se le comparaba por el paso gallardo y la heroica resistencia. ¡Allí van los dos, hombro a hombro, momentos antes de cerrarse, entre banderas y vítores, el circo.

Albert, el filadelfiano, no lleva más ropas que un traje de punto, como el de los gimnastas; con la cintura de terciopelo negro; ha andado seiscientos veintidós millas, y pudiera volverlas a andar: el paso es breve, rápido, seguro: el color no revela cansancio: va muy peinado, por la mano de su esposa que lo cuida: empuña a modo de talismán una varilla de ébano, como Mercurio el caduceo: el ojo le chispea.

Y allá va Guerrero. No va, como Hércules cuando corría por conquistar la corona de oliva, sin más ropaje que su propia piel: ni lleva como Hipómenes una blusa de lona cuando competía con la mortal Atalanta por el premio de su mano; ni viste de camisa y calzoneras de piel de venado con pasamanería de wampunes de colores, y diadema de plumas de cisne, como el veloz Pan-Puk en las bodas de Haiwatha: Guerrero es galán, aunque del Bowery, y tan celoso de su lindeza como de su velocidad: viste de cazadora de paño, polaina y calzón corto: la cachucha es de *jockey*: con la rapidez del andar le flotan a la espalda las puntas del rico pañuelo de seda azul que para regalárselo se desató del cuello una admiradora: aquel no es paso, es columpio: cada paso suyo cubre dos de Albert: no parece que pisa, sino que vuela: el bigote es negro, la cara fina y larga, el ojo atravesado: va mirando hacia atrás, como si lo persiguieran espías o serpientes.

¡Estalla la música! ¿Quién de los dos dará primero la vuelta a la pista? Albert recuerda, por su belleza escultural, a los héroes de las Olimpiadas: Guerrero recuerda a los daneses que se deslizan por los campos de nieve, buques humanos, con una vela a la espalda. Ya se acercan: ya llegan: de Guerrero es el triunfo: ¡Guerrero es el que viene al trote que venció en otra contienda de seis días a un caballo de California, rebotando más que corriendo sobre el aserrín, con las dos banderas americanas a los hombros, como dos alas!

Sí: ¿pero los infelices que en lucha bestial por una parte del dinero de la boletería halan hora sobra hora, legua tras legua, desencajados, expirantes, nauseabundos, cárdeno el blanco, ceniciento el negro, el mulato verde, uno royendo una costilla conforme anda, otro asiéndose del aire; otro plegado, babeando; casi lamiendo el aserrín; otro cayendo de bruces, desmayado, sobre la pista?

Los rufianes para apostar; las bribonas por que las vean, y por amor a cuanto excita su carne impura; y uno que otro curioso,

atraído por el encanto de la tenacidad en cualquier especie de triunfo, son los que, con los ladrones y los policías, llenan día y noche el circo de Madison: solo ellos pudieran, por la curiosidad morbosa, o el ansia de que gane su favorecido, asistir sin ira a estos certámenes preparados por los jugadores que viven de apuestas, y a los que la tentación de la ganancia o el afán de la notoriedad, más necesaria aquí que en país alguno, atrae gente ruda, ridícula o enérgica a ejercicios odiosos que en nada aumentan la utilidad, gracia y ciencia del hombre: Guerrero era bello, sí: ¡como un venado! Albert era bello, sí: ¡como un caballo!

Desde las doce de la noche de un sábado hasta las doce de la noche del otro no se apagan en el circo las luces: por la tarde, o a prima noche, o al salir de los teatros o bailes, entran por pocos momentos los curiosos: tendidos sobre los bancos, o dormidos bajo el ala del sombrero, con las botas en la baranda y las manos en los bolsillos, pasan allí las madrugadas frías, mientras los míseros andarines dan vuelta a la pista, los apostadores, los tomadores del dos, los vagabundos, que no tienen mejor cama, los imbéciles, engolosinados con aquella competencia terrible y monótona.

A esa hora lívida es cuando se ve aquella escena desnuda. Ni las malas mujeres, vestidas con el lujo que debiera dejarse para ellas, ostentan en la delantera de la gradería su amante comprado, su abrigo de piel de foca y sus brillantes. Ni los carcamanes del arte de jugar, lampiños y relucientes, rivalizan en la pompa de los sobreteñidos y el tamaño de sus joyas con las beldades de alquiler. Ni la música aviva con estallidos y chispazos el paso mortecino de los descompuestos caminadores. Ni los que “pusieron” en ellos, como se pone en un caballo, el dinero requerido para la carrera, estimulan a su hombre con el regalo de un bastón o de un ramo de flores, o de un corazón de jacintos y claveles, o de un reloj de oro o de un billete de banco, o con lo que más de todo esto parece animarlos, con la carta de una mujer que, de veras o de mentiras, se interesa de amor por el que da en la contienda muestras de gracia viril o de tenacidad extraordinaria: el más infeliz, el que ni con la espuela de la música se aviva, el que solo burlas arranca a la plebe por su paso rastrero o su figura bochornosa, rompe a correr sin cuidarse del vientre que le muerde ni de los pies que se les desmigajan, cuando recibe una carta de mujer o un ramo de flores.

¡Pero a la madrugada, lo que deja detrás de sí un perro indigesto es la única comparación propia de aquella fetidez y maldad! Los noticieros de los diarios, soñolientos, en su gran jaula, apuntan las veces que el austríaco de fealdad diabólica—que camina dormido—cae en la pista exhausto, y sin ayuda de una mano piadosa se levanta, o cómo se llevan insensible a su casilla a uno de los andarines vencidos, o cómo el escocés—andando casi de rodillas—va anunciando su paso con el estertor de sus bascas, o cómo con los brazos cruzados por la espalda—por que no se les caiga al suelo—se llevan a un caminador moribundo dos parientes compasivos. Los anotadores, encaramados en su andamio, llevan la cuenta de las vueltas con grandes números móviles de loza blanca sobre un entablado negro, arrebuajados en el gabán, o soplándose los dedos ateridos.

En las casillas, que alumbrá con claridad de hospital la luz eléctrica, espera la mujer de Albert, con sus brillantes y su abrigo de foca, a que su marido al pasar le tome sin detenerse, de las manos una taza de gelatina o un vaso de té helado: la novia de Strokkel, del austríaco, se asoma por entre las muselinas de su puerta a animar con la mirada al pobre feo que ha entrado en la contienda para ganar un poco de dinero con que empezar la casa; los cuidadores azuzados por el apostador, echan a puñetazos al infeliz andarín que viene, como un perro, con la boca llena de espuma y los huesos por encima de la camisa, a buscar el sueño que le niegan aquellos bárbaros: la policía, avisada a tiempo, cae sobre un pícaro que se desliza en una casilla desocupada para poner en la pócima del caminante unos polvos que le trastornen la salud y le hagan perder la apuesta.

Lleno de cáscaras, de colillas, de cuñetes vacíos, de rufianes de camisa colorada, ¡el circo hiede! Las mujeres, velan como los hombres. Los andarines, con los ojos vidriados o a medio cerrar, dan vuelta sobre vuelta, encorvados, chupados, pegada la piel del vientre al esternón, con las medias blancas salidas por debajo del gabán, como dos huesos.

Veamos, en el último día, el circo, cuyo aire pudre el vapor del mal tabaco: a duras penas puede el concurrente abrirse paso por la muchedumbre que se agolpa en torno de la pista, interesante aún, porque—fuera de los tres vencedores que llevan ya andadas quinientas veinticinco millas—los que todavía no han caído por tierra,

los diez que quedan en pie de los sesenta y siete, bregan por cubrir aquella distancia, que les dará derecho a una parte de los productos de la boletería. “No falta aquí uno solo—dice un policía—de la canalla de Nueva York: aquel de tabaco terciado y de cabello crespo es el buen mozo de más bribonas neoyorquinas: el caballero que va por allí, el que bebe ahora la sidra que le da aquel vendedor vestido de payaso, es el fullero más grande de todo el país y el rey del timo: aquel otro, que parece un reverendo, es un ladrón de bancos, y la señora que lo acompaña otra ladrona”. Petimetres, extranjeros, y algunas damas curiosas pasean en aquel aire fétido y azul por el interior del circo, lleno de ventorrillos y puestos de anuncio, mientras que, ya al cerrarse la carrera, amortiguada la curiosidad principal, dan los andarines sus últimas vueltas, que en algunos parecen ser las de la vida.

¡Abrámonos paso, bien abrochada la levita! Ese es Albert, el primero de todos: lleva alta la cabeza: ni el sueño ni la fatiga se denuncian por el menor síntoma en su rostro triunfante: ha dormido tres horas al día: la gelatina ha sido su alimento, y su vino el champaña: el gamo salta así, como salta él: no bien desaparece por una cabeza de la pista, ya se le ve venir por la otra, ondeando la bandera, o leyendo un telegrama, o mirando el bastón que le regala un admirador, o repiqueteando un tango irlandés en el banjo que su mujer le cuelga al cuello, como las damas de antes ceñían la banda con sus colores al caballero vencedor.

El segundo, vestido de rojo, es el inglés Herty, hombre de caballeriza, pernicaído, peludo, sudoso, con los hombros en la cintura, y la mirada turbia de los bueyes.

Guerrero le sigue, a paso tan elástico y abierto que, para ir hablando con él, tienen que trotar sus dos socios capitalistas en la empresa, Brodie, el vendedor de periódico que se echó al río desde lo más alto del puente de Brooklyn, y Dillon, un pugilista de fama, que mató hace poco de un puñetazo a su contendiente.

Strokel, el austríaco, a quien ya solo falta una milla, pasa muriéndose: la cabeza como la de un muñeco, le gira sobre los hombros: mueve las manos como los peces las aletas: las cuerdas del cuello, amotinadas, se le engrifan: se le han secado las piernas bajo los calzones: se le ven bailando los músculos del rostro: ¡son fatigas de horca las que sufre, pero en la puerta de su casilla, fiel durante seis días, lo espera su novia!

Noremac, el escocés, notable por su vigor al final de las carreras, asombra a la concurrencia cambiando su paso cojo por trote tendido cuando, al verlo venir, rompe la banda en una marcha marcial, y en aplauso el público: el rostro muestra el rosado enfermo de aquellos a quienes no obedece ya su corazón: tiene el velo mortal que los imagineros pintan en los crucifijos: hala sus pies hinchados, como si los desclavase.

En pos viene Moore, el irlandés: de entre las mejillas sin carne, coronadas por ojerías rojizas le sale cubierta de gotas de sudor, la nariz enorme: se pasa la mano por el cráneo rapado, con el gesto de angustia de los monos.

Hart, el negro de Haití, gran andador, perdida la gallardía con que ganó su fama, pasa humillado, encogido, achicado, combo.

Stont, el árabe, va detrás de él, gigantesco y visible, muy bien envuelto en su gabán, los brazos como aspás, los ojos como ascuas, entrapados los pies colosales, que ni por la amenaza ni la burla animan al paso filosófico.

Yanqui tiene que ser, y es, el que sigue a Stont; Tailor, el yanqui, viejo arrugado de cabeza celta: la barba gris le cae al pecho: no lleva zapatillas como los demás, sino medias; ni calzones, sino pantalón largo, sujeto de los hombros por tirantes azules, sobre la camisa de cotín, con letras rojas: pasa como la desgracia, como la noche, como el destino: no levanta los ojos del suelo: no retarda ni aligera su paso: desaparece por la curva de la pista, triste y anguloso.

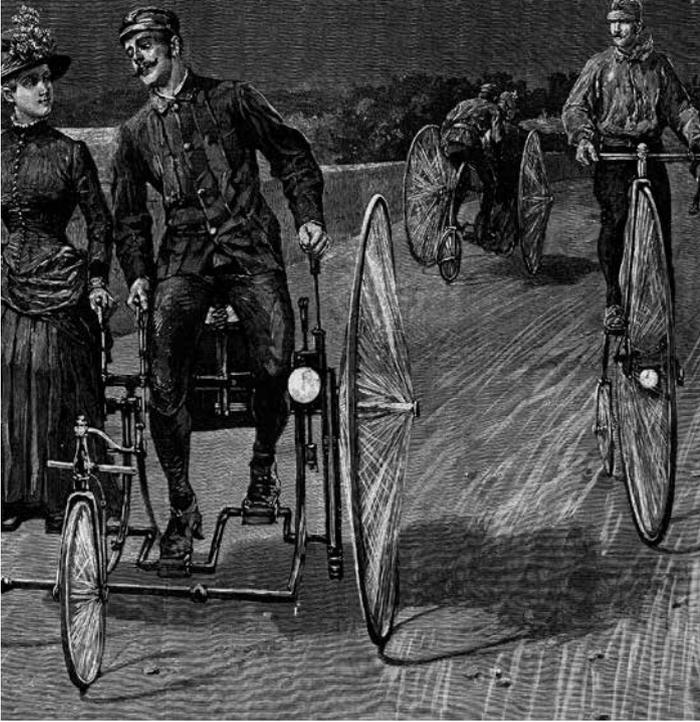
¿Y ese infeliz que viene ahora, el último, el párroco Filly, cuya agonía, cuya cabeza hundida, cuyos brazos a medio caer, como las alas de un pollo sin plumas, saluda el público con silbidos y carcajadas? Le han dado la bandera, que se le cae de la mano: exprime el pañuelo empapado en sudor: la cabeza la lleva hacia atrás como si se le hubiera enroscado la médula: carga a la espalda un anuncio, como la silla de un caballo. Y va contoneando el cuerpo huesudo, como quien quiere parecer bien a las damas.

En las casillas, y en los hoteles de la vecindad, a la hora en que el vencedor aún tenía fuerza para despedirse de la concurrencia con un discurso, las esposas de los vencidos les bañaban los pies, negros y fétidos; o les acomodaba el médico la cadera enjuta; o interrogaba un periodista en vano la mente hueca del caminador,

tendido exánime en un catre de campaña, entre flores marchitas, potes embadurnados de jalea, cascos de huevo con fondos de vino, huesos de cordero a medio mondar, cepillos, tabacos, trapos manchados de sangre, libras de té y botellas de champaña descabezadas.

La Nación, Buenos Aires, 15 de abril de 1888.

OC, t. 11, pp. 401-406.



C
I
C
L
I
S
M
O

DE “CORRESPONDENCIA PARTICULAR
DE EL PARTIDO LIBERAL”

VIAJE EXTRAORDINARIO DE UN VELOCIPEDISTA.—STEVENS—
SUS VIAJES EN ASIA

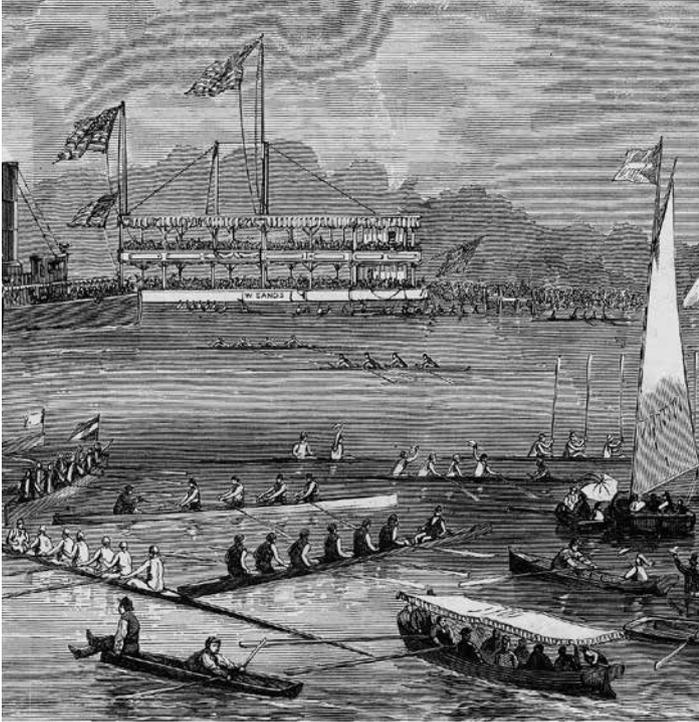
Stevens, un velocipedista que acaba de circunrodar el mundo, y vuelve de los bambúes y las pagodas cargado de condecoraciones y leyendas; [...] // acaba de llegar de los países donde la naturaleza es fragante y perezosa, y lleva en los brazos lianas y serpientes. Un periódico de Nueva York, el *Outing*, algo como *Al Aire Libre* le pagó el viaje en velocípedo alrededor de la tierra. En abril del ochenta y cinco salió de Nueva York en un vapor de Europa, y en enero del ochenta y siete llegó a San Francisco en un vapor de Asia. Europa, ya está vista, y no tiene romance, o su romance está aldrado, pasado de sazón, echado a podre, como la comida de moda en los hoteles. El romance está en los países de túnicas de seda, mujeres embozadas, de cabellos vivaces, de paramentos joyantes y vistosos, de vinos perfumados, de apólogos que saben a nuez fresca.

Donde Haydée mira, donde embriaga el hashish, donde cantan el *Rubaiyat*, el poema bordado de rosas, está el romance. Como por ruinas pasó Stevens por los pueblos europeos, llagados todos, como una enorme Capua. Recorrió en velocípedo los caminos de Turquía, de esa rosa comida de gusanos. Cruzó a Persia; penetró en Afganistán. En China quiso entrar, pero a las cien leguas lo detuvieron a pedradas en Kingan-Toy, y ya llevaba magullado el casco hindú de que se armó para el viaje, cuando pudo asilarse en el *yamen*, que ampara, como antaño nuestros templos, a los que se acogen a su guarda.

Por todas partes halló Stevens clubs de velocipedistas. De los países de ojos negros ha traído recuerdos dominantes. Celebra la sencillez y bondad turcas. Lugar hubo donde el gobernador le tributó honores de Estado, y congregó a la población para verle partir “volando sobre su rueda y pedir a Alá que fuese siempre con él la maravilla”. Halló a los chinos desconfiados y silenciosos, como quienes han padecido de la gente extraña. Ellos, como nuestros indios, jamás dicen llanamente al extranjero lo que le falta de camino, ni cuál es su vía, ni qué tiempo le auguran. El blanco los estrujó en agraz: agraz es para ellos el blanco. Un miedo rencoroso inspiran sus respuestas.—“¿Falta mucho para llegar?”—“Una subidita y una bajadita”. Y faltan leguas.—“¿Lloverá hoy?”—“¡El cielo sabrá eso!” Da pena ver las razas espantadas.

El Partido Liberal, México, 5 de marzo de 1887.

OC, t. 11, pp. 165-166.



D
E
P
O
R
T
E

NÁUTICOS

DE “CONEY ISLAND”

Es Gable, donde las familias acuden a buscar, en vez del aire mefítico y nauseabundo de Nueva York: el aire sano y vigorizador de la orilla del mar [...] entran al mar; los niños, en tanto con los pies descalzos, esperan en la margen a que la ola mugiente se los moje, y escapan cuando llega, disimulando con carcajadas su terror, y vuelven en bandadas, como para desafiar mejor al enemigo, a un juego de que los inocentes, postrados una hora antes por el recio calor, no se fatigan jamás; o salen y entran, como mariposas marinas, en la fresca rompiente, y como cada uno va provisto de un cubito y una pala, se entretienen en llenarse mutuamente sus cubitos con la arena quemante de la playa; o luego que se han bañado,—imitando en esto la conducta de más graves personas de ambos sexos, que se cuidan poco de las censuras y los asombros de los que piensan como por estas tierras pensamos,—se echan en la arena, y se dejan cubrir, y golpear, y amasar, y envolver con la arena encendida,

porque esto es tenido por ejercicio saludable y porque ofrece singulares facilidades para esa intimidad superficial, vulgar y vocinglera a que parecen aquellas prósperas gentes tan aficionadas. [...] // Se tienden los ojos por aquellas playas reverberantes; se entra y sale por aquellos corredores, vastos como pampas; se asciende a los picos de aquellas colosales casas, altas como montes; sentados en silla cómoda, al borde de la mar, llenan los paseantes sus pulmones de aquel aire potente y benigno.

La Pluma, Bogotá, 3 de diciembre de 1881.

OC, t. 9, pp. 124, 125 y 126.

DE “SECCIÓN CONSTANTE”

Se usan con éxito los baños de mar para ciertas enfermedades de los ojos; y el éxito se explica, ya por la influencia restauradora y antianémica que el baño de mar ejerce en la salud general, vigorizando el tono del sistema, ya porque el agua del mar, y la misma atmósfera marina tienen una acción local irritante peligrosa para los que sufren de alguna enfermedad aguda, pero benévola para los que padecen de alguna inflamación crónica o indolente.

La Opinión Nacional, Caracas, 5 de enero de 1882.

OC, t. 23, p. 145.

DE “PLACERES Y PROBLEMAS DE SEPTIEMBRE” DÍAS VENECIANOS EN NEW YORK.—UNA REGATA

Estos han sido para New York días venecianos. Ha habido gran regata de yates nuevos, bajo el cielo azul de septiembre, vestidos los marineros de blusa de colores y anchos calzones blancos. Inglaterra y Estados Unidos van a disputarse la copa América, que premia al yate que mejor corta el mar y doma el viento. Como los Estados Unidos vencieron en la regata anterior, el yate *Genesta* ha venido de Inglaterra a contender con el *Puritan*, elegido entre los americanos por el más velero. La entrada de la bahía es un campamento: suelo firme parece el mar de los vapores, por lo seguros que lo cruzan:

van y vienen, como ayudantes de órdenes: el uno sale primero, el otro le alcanza con instrucciones nuevas, los dos juntos van a marcha igual hacia el Genesta; porque ya llegó la hora, hacia el Puritan que aguarda preparado: brilla más el Genesta; dice menos el Puritan: ¿no hemos de repetir sus nombres? ¿de qué se ha hablado aquí en estos quince días últimos?: las Bolsas, cerradas; los negocios semisuspensos; los hoteles, vacíos; todo el mundo en el mar, o a las orillas. El dueño del yate inglés, con ese amor al color que va salvando a su pueblo, viste de gala, blusa blanca y rosada, calzón blanco, gorrilla azul: fuma, los tripulantes resplandecen, vestidos de dril blanco; del gorrillo negro les cae a la izquierda un doble rojo.

El capitán del Puritan lleva el azul de guerra, suelto y oscuro: el sol le curtió el rostro: en sus pupilas claras no se ve una mancha: son los ojos misteriosos y extrañamente bellos de los que ven lo inmenso: los ojos de los que descubren, de los que inventan, de los que navegan: el capitán aprieta los labios, y no fuma: aguardan sus órdenes los marineros severos, torres humanas, vestidos de un blanco que ya vio faena, y sin gorrillos. Un pito suena, es la primera señal; suena otro pito: ¡y en marcha!

Reloj en mano están a bordo del Genesta los ingleses: ¡allá va sobre el mar, la vela inflada! Arranca, gira, para: llegó antes que el Puritan a la línea de salida: de vapor en vapor rueda el aplauso. Y al fin parten seguidos de espesa masa de vapores. Los nobles rivales van parejos: poco casco en el agua, al aire mucha vela; andan de prisa y bien, contra lo que sucede en la tierra, que basta que una mente gallarda y de buena vela ande de prisa, para que los de casco pesado y vela ruin digan que no andan bien, hasta que con el enviarlo y el decirlo se lo impiden. Sigue adelante la regata larga: unas veces saca ventaja de poca monta el americano; el inglés la saca otras, también de poca monta: ya van caídos sobre el mar y al frente, delgado como una hoja de cuchillo; ya tuercen viento, y regatean de lado; se acosan; el Puritan va atrás: ¿dónde tiene las espuelas que parece que le han cortado los ijares, y arremete sobre el mar, suelta la brida, el capitán al cuello, y alcanza, aborda, iguala al barco inglés, le saca la proa, le lleva ya toda la enorme vela, y dobla la flotante meta, que ostenta pabellón americano, con dos millas sobradas de ventaja?

Fuera de la bahía, han ido tras ellos, apretándose para ver mejor, vapores blancos de tres puentes, cargados de hermosuras, vestidas en

traje azul de navegar, con listas blancas: cuando la calma enoja a los veleros formidables, adelantan sin cambio mayor en su camino; el tentempié comienza; la cubierta les sirve de asiento, de mesa la jaleta; un galán les trae la ensalada de pollo o de langosta, otro galán cerveza de jengibre, soda, vino del Don que a la champaña suple, o champaña: los sombrerillos de paja reposan junto a sus dueñas, que del aire del mar y el desorden de sus cabellos cobran más hermosura.

Vapores blancos de tres puentes, cargados de niñas ricas, de adinerados negociantes, de jóvenes de buen vivir: vapores azules, rojos y verdes, fletados por los *clubs* y por las bolsas, donde hablan las botellas, se cuentan chistes acres, se dan a duendes los quehaceres del oficio, se canta y baila en coro; se saluda, con júbilo de loco, el cielo, el mar, el aire, la libertad grandiosa; vapores de gente burda, comerciantes de vicios, rufianes adineradores, apostadores de carreras, gente de diamante en pecho, vientre robusto y rostro rojo; vaporcillos innúmeros, de esta y aquella empresa, personaje, casa rica, o diario, a bordo la mesa de redacción y la escuadrilla de dibujantes y de grabadores; ejército de vapores, bordeándose, tropezando, andando lado a lado, lanzando al aire fuegos de artificio, cambiándose chistes, retos, apuestas y botellas, han seguido a los dos yates por el camino; se han juntado como aves de casa a la hora del maíz al llegar a la meta; y ya en mayor alboroto y desorden los han escoltado al volver; acá acercándose al Genesta, como para consolarlo, allá echándose sobre el Puritan, rodeándolo, yéndose tras la quilla, como si quisieran darle la mano.

“¡Hurra, hurra!” de todas las orillas, que están llenas de gente: bote se ha vuelto la ciudad, y sale al paso a recibirlos; en hilera, como soldados que aguardan a su jefe, están los yates de vela, poblados de lo mejor que tiene en niñas Nueva York y el vecindario; brazos, sombreros, pañuelos y banderas saludan al triunfante Puritan, que viene ya a remolque todo el velamen caído, como de la mano de su caballero el buen caballo que ha ganado la carrera. A remolque viene también el Genesta. Sir Richard, el caballero de la blusa blanca y rosada y el gorrillo azul, pide que lo lleven al costado del Puritan, porque quiere saludarlo: todos sus marineros están detrás de él, con la gorrilla negra y roja en la mano derecha, silenciosos y en fila, y al pasar junto al yate vencedor, señor y marineros rompen a una, agitando los gorros al aire tres veces:—“¡Hip, hip, hooray!”

Y el capitán de rostro tostado, que tiene tras sí, no en fila, a sus suecos, encajando en el aire los dos brazos altos, vocea una y otra vez: “¡Hip, hip, hooray!

Glorioso llaman en inglés a este tiempo lucido, acaso porque con su aire fresco y cielo limpio invita a gloria. Las gentes se dan prisa, antes de que vengan las nieves, a nutrirse el pensamiento de las ideas vivas que inspira el verano, a gozar de estas horas de boda a que han de seguir luego tantas horas de féretro. Y es septiembre un festival prolongado, sin día que no sea acontecimiento, ya porque Maud S., la yegua más ligera que pisa tierra, anda una milla en dos minutos y nueve segundos, cuya hazaña celebran a la vez en Inglaterra y en los Estados Unidos juiciosos editoriales; ya porque los “nueve” de Chicago vencen en el juego de pelota a los “nueve” neoyorquinos, uno de los cuales gana al año diez mil pesos, porque no va una vez la pelota por el aire que él no la pare; y eche por donde quiera; ya porque un vapor lleno de bostonianos ha venido río arriba, con ocasión de las regatas, a mofarse de los petímetros neoyorquinos que no hallan cosa de su tierra que sea buena: y compran en Inglaterra yates que Nueva York vence, y andan por las calles a paso elástico y rítmico, como si anduviesen sobre pastillas, y hablan comiéndose las erres y la virilidad con ellas, acariciando con el mostachillo rubio el cuerno de plata del bastón que no se sacan de los labios: son unos señorines inútiles y enjutos, a quienes no se ve por las calles desde que venció el Puritan.

Las regatas, como tantas otras cosas, no son de valer por lo que son en sí, sino por lo que simbolizan. De los Estados Unidos se van las herederas a Inglaterra, a casarse con los lores; ningún galán neoyorquino se cree bautizado en elegancia si no bebe agua de Londres; a la Londres se pinta y escribe, se viste y pasea, se come y se bebe, mientras Emerson, piensa, Lincoln muere, y los capitanes de azul de guerra y ojos claros miran al mar y triunfan. La grandeza tienen en casa, y como buenos imbéciles, porque es de casa la desdeñan. Hasta la hormiga, la mísera hormiga, es más noble que la cotorra y el mono.

Pues si hay miserias y pequeñeces en la tierra propia, desertarlas es simplemente una infamia, y la verdadera superioridad no consiste en huir de ellas, ¡sino en ponerse a vencerlas! La regata ha dado esto bueno de sí, como da siempre algo bueno, aunque parezca puerilidad al que ahonda poco, todo acto o suceso que concentra la

idea de la patria; ¡hay un vino en los aires de la patria, que embriaga y enloquece! Se le bebe, se le bebe a sorbos en estas grandes ocasiones y ¡parece que se deslíen por la sangre, con prisa de batalla, los colores de una gran bandera!

La Nación, Buenos Aires, 22 de octubre de 1885.
OC, t. 10, pp. 295-298.

DE “CORRESPONDENCIA PARTICULAR
PARA EL PARTIDO LIBERAL”
GRANDES REGATAS

En la bahía, como palomas enormes, tienden las velas blancas para la gran regata próxima los veleros ingleses y norteamericanos que van a disputarse este año la copa apetecida. La ciudad ese día es jubileo, y se va toda al mar, en vapores embanderados, en buques de pasear: se entibian los negocios el día de la gran regata: el champaña llega al cielo.

El Partido Liberal, México, 6 de julio de 1886; t. III, n. 405, pp. 1 y 2
OCNY, 1983, p. 33.

DE “EN LOS ESTADOS UNIDOS”
PUGILATO.—SULLIVAN CONTRA KILRAIN

Como cosa menor han pasado, a pesar de que fueron a verlas miles de hermanas y de novias, las regatas de los estudiantes, de azul unos y de amarillo otros, y otros de rojo y de violeta, hasta que ganaron los azules de una universidad del campo, mientras que los de Nueva York, vencidos, no los pudieron vitorear como es así de costumbre, porque de los ocho que iban en el bote, seis cayeron desmayados sobre los remos.

La Nación, Buenos Aires, 17 de agosto de 1889.
OC, t. 12, p. 279.



DE “¡VENGO A DARTE PATRIA!”
PUERTO RICO Y CUBA

Lorenzo García, el maestro de armas, dice que él ama su profesión porque con ella enseña a sus hermanos a ser fuertes y viriles.

Patria, Nueva York, 14 de marzo de 1893.
OC, t. 2, p. 260.

DE “EN CASA”

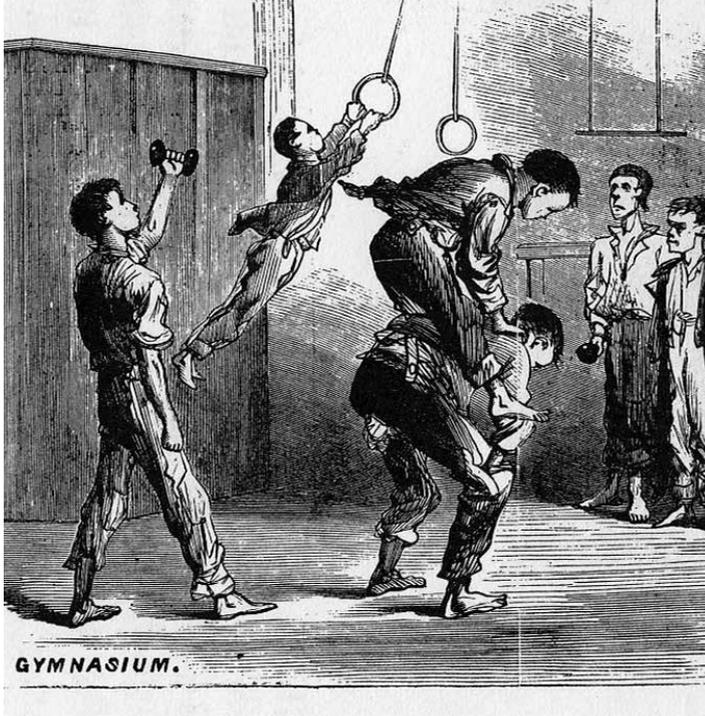
Es alto, de ojos seguros, flexible y ágil como el florete que maneja. Pálido y cortés, asida la empuñadura y victoriosa la cabeza, Lorenzo García es un caballero de la libertad. La libertad se hace a tajos, como las estatuas. Lorenzo García, el cubano que quiere “ver a sus

compatriotas fuertes y viriles”, ha abierto su sala de armas en la Cuartel Avenida, número 410.

La esgrima aumenta y ordena las facultades del hombre.

Patria, Nueva York, 24 de marzo de 1893.

OC, t. 5, p. 417.



FÍSICA

DE “SECCIÓN CONSTANTE”

Todo género de atención y aplauso merece el proyecto de ley que el diputado Becerra acaba de presentar al Congreso español. Mueren en flor en las tierras latinas, o se agostan prematuramente, por falta de fuerzas físicas que reparen los desarreglos y mermas que cause, aun en hombres robustos, una excesiva actividad mental. Un cuerpo vigoroso es como un depósito de fuerzas, en que renueva su energía la mente exhausta. Es urgentísimo para españoles e hispanoamericanos cultivar a la vez las dotes de la mente y las fuerzas del cuerpo. Propone el diputado que se declare oficial la enseñanza de la gimnástica higiénica, y que se dé clase de ella en los Institutos de Enseñanza Superior, y en las escuelas normales de maestros y de maestras; que sea obligatoria la asistencia a estas clases y que no se pueda obtener grado de Bachiller sin acreditar que se ha recibido un año de educación gimnástica, que se convertirá luego en tres años, cuando parezca menos revolucionaria la costumbre, y hayan

comenzado a estimarse sus incalculables beneficios. Ha de tenerse en cuenta que el espíritu es voraz, y es necesario darle qué roer. El espíritu se alimenta de aquel a quien anima.

La Opinión Nacional, Caracas, 25 de enero de 1882.
OC, t. 23, pp. 171-172.

“EL GIMNASIO EN LA CASA”

En estos tiempos de ansiedad de espíritu, urge fortalecer el cuerpo que ha de mantenerlo. En las ciudades, sobre todo, donde el aire es pesado y miasmático; el trabajo, excesivo; el placer, violento; y las causas de fatiga grandes,—se necesita asegurar a los órganos del cuerpo, que todas esas causas empobrecen y lastiman, habitación holgada en un sistema muscular bien desenvuelto, nivelar el ejercicio de todas las facultades para que no ponga en riesgo la vida el ejercicio excesivo de una sola, y templar con un sistema saludable de circulación de la sangre, y con la distribución de la fuerza en el empleo de todos los órganos del cuerpo, el peligro de que toda ella se acumule, con el mucho pensar, en el cerebro, y con el mucho sentir, en el corazón,—y den la muerte. A los niños, sobre todo, es preciso robustecer el cuerpo a medida que se les robustece el espíritu. Hoy las pasiones se despiertan temprano, los deseos nacen desde que se echan los ojos sobre la tierra, y saben todos tanto que es fuerza aprender pronto mucho, por arte de maravilla, para no quedar oscurecido en la pasmosa concurrencia, y revuelto en el polvo en el magnífico certamen. Estas consecuencias de la vida moderna hacen urgente ese esparcimiento de la fuerza, aglomerada en llama en el cerebro desde los primeros años de la vida, y la preparación oportuna y previa del edificio que ha de sustentar tal pesadumbre—del cuerpo que ha de ser teatro de tales batallas del espíritu.

En esta misma plana publicamos hoy grabados diversos de un gimnasio doméstico, que ha de ser mirado, más que como artículo de comercio, como una buena obra. Y en La Habana, en casa de los agentes de La Agencia Americana, señores Amat y Laguardia, puede verse.

No tiene término la enumeración de sus bondades. Es útil, y es artístico, que es otra manera de ser útil. Hay en el ser humano deseos vehementes de gracia y armonía, y así como se lastima y queda herido de no verlas realizadas, así se alegra y queda fuerte, cada vez que las halla. El color del aparato es blanco y agradable a los ojos. El aparato es esbelto, y a la par que sirve, adorna. Con ser un gimnasio completo, cabe en un cuarto pequeño, entre los demás juguetes de los niños; o en una vara de pared, o en un recodo del jardín, o en un rincón del patio. Lo tiene todo: hasta trapecio para hacer locuras. El trapecio aunque no sea el más útil de los ejercicios, es una sabiduría del gimnasio: porque el hombre no se interesa en lo que no le parece brillante, y le ofrece peligro. Pero aquí el trapecio no ofrece riesgo mayor, porque está a una vara de tierra. Lo tiene todo: barras paralelas que se quitan y se ponen, y sirven para anchar bien el pecho, y desenvolver los músculos de los brazos y los hombros: barras paralelas y perpendiculares, que fortalecen brazos, pecho y muslos; barra horizontal, que ayuda a la elasticidad de la cintura y poder del brazo; todos los múltiples ejercicios de las poleas, que son tan varios y tan beneficiosos, porque desde los pies al cuello, no hay parte del cuerpo que no saque provecho de ellos, y que en este aparato benefician mejor que en otro alguno, porque las pesas de las poleas, que pueden usarse además como pesas separadas, no caen súbitamente, sacudiendo el brazo fatigado que se esfuerza por retenerlas, y arrastrando el cuerpo detrás de ellas, con lo cual el ejercicio cansa pronto, sino que descienden suavemente por un plano inclinado, dejando así en reposo el brazo en la segunda parte de cada movimiento, y permitiendo por lo tanto que este se renueve con más descanso, utilidad y placer, mayor número de veces. Las correas de las poleas pueden, sin complicación alguna, alargarse o acortarse, y están dispuestas de manera, que con ayuda de ellas sentado en el piso del aparato en una cómoda banqueta que corre sobre ruedas bien seguras, y los pies puestos en pedales fijos, se hacen todos los hermosos y sanos ejercicios que pueden hacerse con los remos, los cuales, a más de dar gracia notable al cuerpo, y de invitar a ir por mares y ríos a gozar aire puro, tienen la ventaja de no dejar músculo alguno en inacción, y de desarrollarlos todos a la vez. Con las mismas poleas, sujeto por las manos de la barra horizontal, que remata por arriba el aparato, y sentado en otra barra paralela a esta, sostenida entre las dos perpendiculares, pueden

hacerse todos los movimientos que requiere el velocípedo. Si se padece de curvatura de la espina, el gimnasio doméstico tiene una tabla flexible que se ajusta encorvándola hacia afuera, entre el tope y el piso del aparato, y sobre ella se acuesta regaladamente el enfermo, que hace allí sin ningún esfuerzo su saludable ejercicio de poleas. Para poner la sangre en buena circulación, el piso del gimnasio está hecho de tablillas movibles saltando ligeramente sobre las cuales, se siente a poco el provecho del ejercicio. Para desenvolver los hombros, dar poder de impulsión al brazo, y ponerse en aptitud de defenderse de algún ataque brusco de puños ajenos, el aparato tiene un saco pequeño que se cuelga de la barra horizontal, y donde el puño cobra fuerzas dando golpe tras golpe. Como las muñecas necesitan desenvolverse, el aparato tiene un rodillo enlazado con las pesas, dedicado exclusivamente al desarrollo de las muñecas. En suma, no hay ejercicio corporal, ya de los suaves que llaman calisténicos, ya de los más recios que se enseñan como gala en los gimnasios, que merced a este excelente y airoso aparato de Gifford, no pueda hacerse sin incomodidad alguna en la propia casa. Para nuestras mujeres pudorosas, a quienes simpáticas razones vedan la asistencia a los gimnasios públicos, y que necesitan, sin embargo, tan grandemente de estos ejercicios, el Gimnasio Doméstico es de inapreciable ventaja: sin exponerse a ojos extraños, y en su propia habitación, pueden ejercitarse diariamente en todos los movimientos saludables que aumentarán la fortaleza de sus músculos, y la armonía y gracia de sus formas.

La tisis siega en flor nuestros jardines:—¡cuántas menos flores nos arrebataría la tisis, que viene muchas veces de que el pulmón que busca desarrollo no cabe en el pecho apretado y endeble, si se hicieran un hábito entre nuestras niñas y entre nuestros jóvenes, los ejercicios gimnásticos!— Esta necesidad es especial en nuestras tierras, donde la preocupación por una parte, y la santidad de las mujeres por la otra, las retrae de las calles y paseos—que al cabo ayudan a fortalecer el cuerpo y las confinan a la casa, donde el cuerpo más robusto se torna a poco pesado y enfermizo.

Para los niños, el aparato de Gifford es un deleite, porque no solo pueden remar y andar como en velocípedo, sino jugar a lo que en Cuba llaman cachumbambé, y en otras partes “sube y baja”, merced a una tabla en cuyos extremos se sientan los dos niños, la cual descansa sobre una barra baja sujeta por las perpendiculares. Y

no es este el único juego del aparato: también tiene el Gimnasio Doméstico un columpio, que se cuelga de la barra alta, y lleva a los ángeles juguetones hasta donde ellos quieren ir siempre que juegan, aunque hagan temblar y llorar a los que los ven: ¡hasta el cielo!

¿Qué más? Hasta para caballete de cuadros sirve el aparato: se quitan de él poleas y rodillos, y queda como atril sencillo y garboso en que no descansaría mal un cuadro de Melero en La Habana, de discípulo de don Felipe Gutiérrez, en Colombia; de Ocaranza, Rebull, Parra o Pina en México.

Y todo eso que va dicho cabe en una cáscara de nuez. En un espacio de dos varas de largo, y tres cuartos de vara de ancho, puede alzarse esa pequeña fábrica mágica, que es en verdad fábrica de vida, y reúne todos los aparatos y permite todos los ejercicios para cuya práctica han sido hasta ahora necesarios vastos patios o grandes salones. Este gimnasio ni es caro, porque su baratura pasma; ni engañoso, porque sus maderas son tan recias como finas; ni necesita maestros, porque enseña solo; ni es peligroso, porque está todo en él a flor de tierra.

No hay escuela que no desee tener un gimnasio; pero aun los colegios ricos vacilan ante los gastos que acarrea su establecimiento, y la dificultad de hallar maestro oportuno, y los costos de mantenerlo. Ahora, con quince pesos que cuesta el aparato sencillo para fijar a la pared; o con treinta y cinco pesos, que cuesta el aparato completo, que cabe bien en medio de una habitación pequeña, no hay escuela que no pueda hacerse de un gimnasio. En los colegios mayores, de diez a veinte aparatos bastarían, con más bello aspecto de la sala, mucha mayor ventaja, y riesgos y precios mucho menores, a reemplazar al más complicado y costoso de los gimnasios.

Por eso dijimos que el Gimnasio Doméstico es una buena acción. Es preciso dar casa de buenos cimientos y recias paredes al alma atormentada, o en peligro constante de tormenta. Bien se sabe lo que dijo el latino: Ha de tenerse alma robusta en cuerpo robusto: "*Mens sana in corpore sano*".

He aquí lo que acaba de escribir en *The North American Review*, el profesor Hall, que es pensador norteamericano prominente:

Tengo a la higiene por necesidad capital en la educación de los niños. Y lo que primero les enseñaría acaso, y con más ardor, sería el desarrollo de sus músculos. Pocos conocen la relación estrechísima que existe entre la debilidad física y la

maldad moral, cuán imposible es la saludable energía de la voluntad sin que la sostengan los fuertes músculos que son sus naturales órganos, y cuánto dependen de un buen desarrollo muscular cualidades tan preciosas, como la abnegación, el dominio de sí propio, y la serenidad en las desgracias.

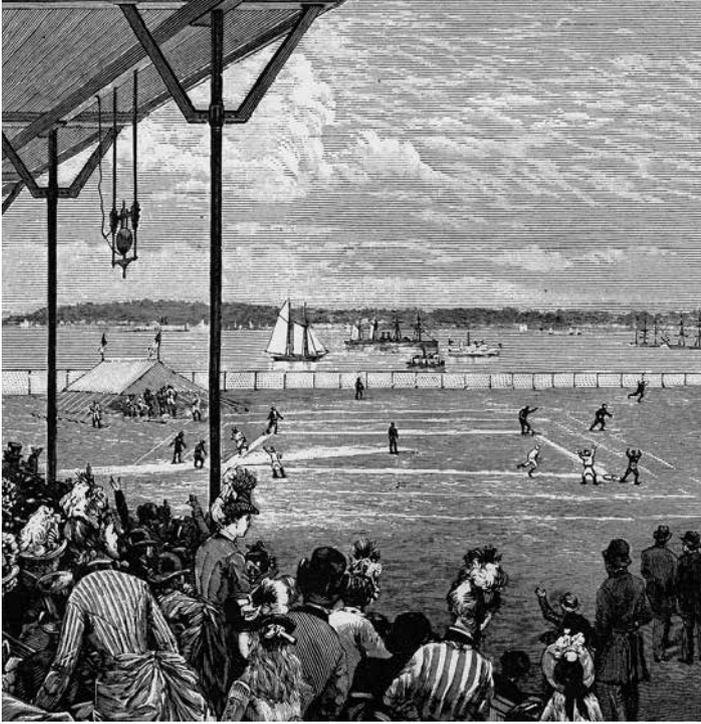
La América, Nueva York, marzo de 1883.
OC, t. 8, pp. 389-392.

DE “CARTAS DE MARTÍ”
GOZOS DE COLEGIALES

Ya han pasado las regatas entre estas y aquellas clases de unos y otros colegios; que la mente ha de ser bien nutrida, pero se ha de ver de dar, con el desarrollo del cuerpo, buena casa a la mente. Así como el bambú, más lleno de rumores que de frutos, crece en hojas inútiles que dan con él en tierra, así el hombre en quien no anda aparejado, con sólido pensar, sólido cuerpo. No se ha visto palacio bien seguro sobre cimientos de arena.

Ya han pasado las justas de jóvenes remeros, en que los más ágiles del Colegio de Columbia han vencido esta vez a los más reacios de Harvard. Ya se han dado a los vientos las canciones del año y los discursos. [...] // De ejercicios están ahora los colegios, y la milicia ciudadana.

La Nación, Buenos Aires, 14 de agosto de 1883.
OC, t. 9, pp. 336 y 337.



DE “CARTAS DE MARTÍ”
GALAS DEL MES DE JUNIO

Mes de junio, mes de ceremonias de colegios; de carreras de caballos; de regatas de botes y buquecillos de paseo; de lances de pelotas y boliches; de probar, en improvisados campamentos, el peso de las armas de la guerra, y el sabor de los manjares de batalla. [...] // Lindos están ahora los patios de los colegios. Todos inauguran,—antes de devolver sus educandos a sus casas, a que remen, en lo que hacen bien; a que cacen, en lo que hacen mal, a no ser que cacen zorras o lobos; a que naden, hablen de amores, dancen y corran; todos inauguran sus clases estos días y reparten sus premios, distribuyen sus grados, convocan a sus amigos, celebran sus fiestas.

La Nación, Buenos Aires, 15 de agosto de 1883.
OC, t. 9, pp. 444 y 445.

DE “CORRESPONDENCIA PARTICULAR
PARA EL PARTIDO LIBERAL”

SEMANA DE JUNIO.—LA EDUCACIÓN ANTIGUA Y LA NUEVA.—
LO CIENTÍFICO SOBRE LO CLÁSICO

Todo es regata de yachts, de caballos, de caminadores. Todo es gente que marcha, color que brilla, cinta que flota, fresa madura que convida al diente. [...] // La pujanza los enamora y los domina. Les gusta lo que arremete, lo que violenta, lo que invade. ¡Ved cómo miman los estudiantas durante todo el año, no al poeta de frente grave que les leerá la oda de fin de curso, no al mozo pensador que ya desde las aulas medita la manera de que los problemas sociales se vayan resolviendo sin sangre y en justicia, sino a “los nueve” ágiles que deben vencer a Yale en el juego de pelota, a los “ocho” de brazos alados que han de competir por el premio de remo con los ocho del colegio vecino, al que en las brutales peleas con que en otoño se inauguran las clases arrancó “el bastón” de las manos ensangrentadas al que lo defendía en nombre de las clases rivales! ¡ved con qué saña, mal contenida durante todo el año, se entregan a estas regatas y desafíos, y apuestan sobre ellas, no por aquel sano amor a los ejercicios viriles que hizo hermosos y fuertes a los primeros griegos, sino con aquella mercenaria y rencorosa rivalidad que afeaba las lidias tremendas de los gladiadores de Roma y de Pompeya! ¡ved cómo muchos de ellos, deslumbrados por la paga que aquí se da a los buenos jugadores de pelota, abandonan su carrera casi terminada, y truecan su libro augusto por la camisa azul y el pantalón corto de los histriones, en que los aplaude y venera el populacho! Pudren acá esos vicios de pueblo rudo y ambicioso el aire de los colegios. El aire deshace lo que hace la cátedra. La educación verdadera está en el coadyuvamiento y cambio de almas. Lo sórdido de la vida sofoca acá lo luminoso de la escuela. Se debe vivir entre aquellos con quienes se ha de batallar.

El Partido Liberal, México, 13 de julio de 1886, t. III, no. 411, pp. 1-3.
OCNY, pp. 40, 43-44.

DE “VARIOS SUCESOS”
LOS JUEGOS.—TRIBUTO DE BOSTON AL PÚGIL SULLIVAN

En el Oeste pelean de esa manera los hombres, que van en piara a la bebedería, y las mujeres, forzudas y decididas como ellos, que quieren barrer la parte del hogar. En el Este, ausente de las ciudades populosas todo el que no tiene los panes tasados, anda el gentío luciendo hijos en Newport, Bar Harbor, Long Branch y Saratoga, o purgando la sangre viciada en los manantiales de Sharon o Richfield, donde la calma llega a la majestad, o realzando la hermosura en Narragansett y otras costas amables con trajes estrechos, sin que en lugar alguno falte una asamblea, ya de clérigos protestantes, que quieren ver cómo se unen las sectas para levantar en Nueva York una catedral famosa que deje enana a la católica de San Patricio; ya de periodistas negros que consultan sobre la conveniencia de que cada negro vote por el partido que le plazca, no como hasta hoy ciegamente por el republicano, y case con quien quiera, negra o blanca; ya de bomberos, que, luego de reglamentar su asociación, se entretienen con cuentos de cuando eran los bomberos voluntarios, aunque no más heroicos que los que ayer expusieron sus vidas por salvar de un incendio a dos caballos; ya de jugadores de pelota, que es juego desgraciado y monótono que perturba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre a lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quién recorrió el cuadro más veces o tomó más la pelota en el aire, publican los periódicos de nota, al oscurecer, una edición extraordinaria. Boston mismo, que de shakesperiana y poética se precia; Boston, hogar de arte, y como academia del buen gusto, del periodismo experto y de la fina literatura; Boston, en cuyas cercanías pensó Emerson y rimó Longfellow; Boston, en cuyo sacro Faneuil Hall, cuna luego de la soberana oratoria del abolicionista Wendell Phillips, nació “con palabras que han puesto cinta al mundo” la libertad americana, ¡Boston mismo, con su mayor a la cabeza, ha subido a un estrado de púgiles, para ceñir el vientre de John Sullivan, campeón de los peleadores, una faja de oro y diamantes, y águilas esmaltadas, y banderas de Irlanda y los Estados Unidos, que ha costado a los ciudadanos de Boston diez mil pesos!

¡Este es el magnífico bruto que derriba a cuanto hombre sale al frente, que tiene a la cofradía pasmada por el empuje y peso de su puñetazo, que echa a tierra del golpe, rodeado de trémulos policías que lo disuaden tiernamente, al niño que le enoja, a la mujer con quien tiene hijos, al caballo que le cierra el paso! Babeando y hediendo va todas las noches a su casa este magnífico bruto, honrado ahora, ante el teatro repleto que lo vitorea, por el *mayor* de su ciudad de Boston.

El Partido liberal, México, 1887.

OC, t. 11, pp. 258-259.

ÍNDICE

Presentación / VII

DISCIPLINAS DEPORTIVAS

Ajedrez / 17
Boxeo / 19
Deportes invernales / 33
Equitación / 35
Fútbol / 43
Atletismo / 45
Ciclismo / 59
Deportes náuticos / 61
Esgrima / 67
Preparación física / 69
Miscelánea / 75

